

# ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

AÑO I

Diciembre de 1932

N.º 4

Esta Revista publica las Conferencias mensuales  
— del Centro de Estudios Religiosos —

## INDICE

|                                                                                              |    |
|----------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <i>¡ET VERBUM CARO FACTUM EST!</i> , por O. H.                                               | 1  |
| <i>EL MISTERIO DEL DOLOR</i> , Conferencia del Pbro.<br>D. Oscar Larson . . . . .            | 3  |
| <i>EL ORIGEN DE LA VENERACION DE LOS SAN-</i><br><i>TOS</i> , por Paul Boegner S. J. . . . . | 27 |
| <i>LOS ULTIMOS TIEMPOS</i> , por Gregorio von Holtum<br>O. S. B. . . . .                     | 34 |
| <i>NOTICIAS RELIGIOSAS</i> . . . . .                                                         | 38 |
| <i>BIBLIOGRAFIA</i> . . . . .                                                                | 40 |



Suscripción anual \$ 18.— Número suelto \$ 1.60.



**EDITORIAL ESTUDIOS** acaba de publicar:

# **El Alma de todo Apostolado**

por **D. J. B. CHAUTARD**,  
Abad de Siete Fuentes de la Orden Cisterciense.

Libro indispensable para todos los que quieren  
cooperar con eficiencia a la Acción Católica.

PRECIO: { en Santiago . . . . . \$ 4.00  
          { en Provincias . . . . . \$ 4.40



# **El Fin de los Tiempos**

Predicciones acerca del fin del mundo,  
**ATRIBUIDAS A SAN MALAQUIAS**

PRECIO: { en Santiago . . . . . \$ 1.60  
          { en Provincias . . . . . \$ 1.80

Pídalo a su librero o directamente a

**EDITORIAL ESTUDIOS**

Ahumada 360 - SANTIAGO - Casilla 2081





¡Et Verbum caro factum est!

¡El Verbo fué hecho carne!

Con la mirada del águila, a quién ni el mismo sol deslumbra, penetra San Juan Evangelista en los arcanos más remotos del infinito. ¿Y qué es lo que vé, qué es lo que descubre? ¡Oh! Parece que más que este ojo tan puro del discípulo virgen, ve el corazón del predilecto del Maestro. Allá, a una distancia inconmensurable, divisa el objeto de su amor: el Verbo! No le impresionan en primer término ni la majestad de Padre Eterno, ni el Espíritu que, del Padre y del Verbo procede: sólo ve al Verbo y así su primera palabra es para El: **In principio erat Verbum**... Como un trueno de tiempos lejanos, — ¿qué digo? — más allá, infinitamente más allá de tiempos y distancias — como un trueno que de la Eternidad retumba hasta nosotros, así suena la voz del apóstol al principiar su Evangelio. En brevísimas, pero marcantes palabras nos describe la actuación que al Verbo le cupo en la creación: “Todas las cosas fueron hechas por El y nada de lo que fué hecho, se hizo sin El.” ¿Quién es aquél que pudo hacer todas las cosas sino el mismo Dios? — Y el Verbo era la vida y la luz de los hombres. La luz vino para alumbrar las tinieblas: las almas, sumergidas en las tinieblas del pecado y de la muerte, y no lo comprendieron. El Creador del mundo vino, y no obstante haber sido hecho por él, el mundo no lo conoció. Peor aún: vino a lo suyo y los suyos no lo recibieron. ¡Amarga queja, duro reproche! — Es el mundo réprobo, sinónimo de toda maldad, de toda perfidia, de toda frivolidad.

Pero ¡he aquí! un oasis en medio de esta perdición: la fe. Más, “a cuántos le recibieron —, dice el Evangelista —, les dió poder de ser hechos hijos de Dios: **a aquellos que creen en su nombre**, y como un himno de júbilo suena en nuestros oídos y repercute en nuestros corazones la buena nueva: **Et verbum caro factum est et habitavit in nobis**. ¡El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros: y vimos su gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad!



Al considerar estas palabras, se hinchan de gozo nuestros corazones, vemos y oímos, sentimos y palpamos toda la gloria con que estaba rodeada la venida del Señor: El Canto del "Gloria in excelsis Deo" de los Angeles, el "Transeamus" de los pastores y la adoración de los Reyes Magos. A través de los siglos este júbilo y este Gloria resuenan cada día de nuevo en la Iglesia, pero cada año en la noche que vió nacer al Salvador, vuelven a adquirir su sentido particular: nunca suenan tan alegres las campanas como cuando nos llaman a la Misa de la Medianoche de Navidad, nunca impresiona tanto el "Gloria" como cuando lo oímos a la misma hora en que por primera vez fué escuchado allá sobre los campos de Belén, cantado por voces angélicas; y si entonces podemos albergar en nuestros corazones a Aquel a quién los cielos no pueden contener, vislumbraremos con su gracia algo de lo que significa el poder de ser hechos hijos de Dios que dió a cuantos le recibieron.

O. H.



"En el mundo hubo solo tres grandes generales: Alejandro Magno, César y yo. Alejandro y César no obstante de su heroísmo, quedan en la actualidad reducidos a una tarea para colejiales; ¿pero quién los ama hoy día? Conmigo pasará lo mismo. Mi memoria vivirá durante unos cincuenta o sesenta años en los corazones de algunos valientes, pero nadie me amará. Hay un solo hombre que aún después de 1800 años todavía es amado: este hombre es Jesucristo. Yo he dicho hombre, pero Jesús no era hombre".

Napoleón.



# EL MISTERIO DEL DOLOR

Conferencia dictada por el Pbro. D. Oscar Larson bajo los auspicios del Centro de Estudios Religiosos, en el Teatro Miraflores de Santiago, el 30 de Abril de 1931

## PRIMERA PARTE

### EL DOLOR EN EL MUNDO

**Sumario.**—El dolor en el mundo inanimado.—En el reino vegetal y en el animal.—El dolor humano.—Los dolores físicos, intelectuales y morales.—El bien.—El amor.—Variedad de los sufrimientos.—Compensaciones de la vida.—Su balance total.

Vasto, inmenso como el mar de aguas amargas y salobres, es el dolor en el mundo.

Para quien le contempla desde la orilla — poniéndose al margen de sus propios dolores — sobrecoje y estremece la extensión ilimitada de sus olas negras y profundas, la variedad pavorosa de sus ataques y peligros, la terrible furia de sus tempestades, el abismo oscuro de sus simas y de sus misterios.

Colocados como en una altura, sobre el tiempo, el espacio y la historia para abarcarlos en su conjunto, veremos que la sombra del dolor cubre de negros crespones al universo entero, desde la roca solitaria y muda que lanza al espacio la queja de su esterilidad, hasta el hombre que cruje y se despedaza por defender, de los elementos, su propia vida; veremos que el sol, al recorrer incansablemente su ruta, va iluminando con rayos de oro el cruel espectáculo de los nuevos dolores que amanecen cada mañana sobre el mundo, y que la luz apacible y serena de las estrellas es como un sarcasmo ante el alarido clamoroso de los dolores que oculta cada noche... Si desde allí miráramos solamente los millones de seres que se retuercen y se quejan con acento lastimero en las salas de todos los hospitales; los millones de seres — ¡oh! madres qué me escucháis! — que velan ansio-

samente junto al lecho de un enfermo queriendo; los millones de seres que quisieran romper con su mirada de cólera los frios muros de cárcel que los aprisiona; los millones de seres que se inclinan, rechinando de ira o exhaustos de fatiga, sobre un trabajo duro, monótono y mal recompensado; los millones de tumbas que se abren y de cunas que abriga a un nuevo ser que entra llorando a la vida; los millones de seres que perdieron la razón y vegetan como bestias; los millones de niños que dicen “¡madre!”, y no tienen quien les responda; todas las lágrimas que han derramado los ojos humanos; toda la sangre que han vertido sus venas, abiertas por el odio, por la guerra o la venganza; todas las injusticias que sufren los débiles, las heridas del alma que sangran; los dolores mudos y contenidos que no pueden expresarse, y aprietan y comprimen, amenazando hacer estallar el corazón; todo el océano, en fin, — no hay otra palabra, señores, — todo el océano de dolor en que nada y se sostiene la humanidad, como el otro océano inmenso que cubre la mayor parte del planeta y del que emergen — como islas — los continentes y los pueblos... si diésemos una mirada a ese pavoroso conjunto, acaso tendríamos una idea aproximada del dolor en el mundo.

“Hasta la insensible y torpe materia tiene tallada en el semblante la recia escultura del dolor! Roidas fueron las entrañas del mundo por la lumbre y por las aguas; mordido y estrujado su seno; dislocadas sus firmes coyunturas; abierta su piel por úlceras y tumores; desgarrados sus músculos; roto sus huesos, y herida su robusta cerviz por la espada flamígera del rayo” (1) y el planeta guarda en su faz adusta y rugosa,

(1) Ricardo León—“Alcalá de los Zegries”.



“el esfuerzo y la angustia de sus orígenes, el duro trance de su áspero nacimiento”; la rebeldía de sus aristas que rasgan las nubes, la tristeza resignada y monótona de sus desiertos áridos y vencidos; la furia de sus selvas erizadas y venenosas; la quejumbre honda y comprimida llorando en la gruta que gotea y gimiendo escondida, en el viento de la noche... No, nada hay impasible en el universo: cuanto miramos en cielos y tierra, conserva en la ancha faz, muerta o dormida, las profundas huellas de un antiguo dolor...!

Si del mundo mineral y rígido de la materia, pasamos al mundo vegetal ¿no nos hieren las espinas, nos amenazan los perfumes mefíticos y lloran con nosotros las hojas amarillas que fueron arrancadas para siempre de sus ramas? ¡Oh! la tristeza de los árboles en invierno! Mirad cómo alzan al cielo sin sol, sus ramas nudosas y desnudas, como brazos suplicantes, como manos de mendigos, como dedos crispados por el dolor. Y por sus troncos ateridos que azota el viento y moja la lluvia, no sube ya la savia vivificante y generosa, sino que llora por la boca de cien heridas y corre como lágrimas silenciosas por las arrugas de su corteza...

Flor solitaria del camino, que aplasta el viajero, sin que nadie alabara su belleza inútil; planta llena de vida y de hermosura que otras plantas ahogaron en una lucha sorda y fratricida; palmera que con el balanceo de tus hojas llamas sin que nadie te responda, a los horizontes desolados; cactus asceta, que escondes bajo tu corteza de espinas, un alma dulce y fresca que nadie conoce; hiedra generosa que creces sin provecho entre las grietas de las ruinas: todos los poetas han cantado vuestro dolor, todas las almas melancólicas hallaron en vosotras una imagen de sus propias melancolías. Y quien conoce los restos de nuestros bosques australes ha visto la desolación muda y dolorosa de aquellos troncos desnudos y quemados, a quienes la llama del roce dejó como monjes solitarios y en-

lutados que dicen un triste **miserere** sobre la falda de los montes.

Tal es, señores la impresionante imagen de dolor que ofrece la tierra, aun en ese reino vegetal, destinado a embellecerla.

\* \* \*

Más doloroso aun es el cuadro del reino animal. Repartido sobre la tierra en número y variedad infinita de especies; dotados de instintos admirables, de sentidos maravillosos, de fuerza y parmosa agilidad; dotados de la capacidad de sentir el dolor y disfrutar el placer, no parece sino que hubiesen recibido aquellos dones magníficos para un solo fin, cruel y doloroso: destruirse mutuamente en una guerra sin descanso, en una guerra de siglos que libra sus sangrientas batallas en el fondo de los mares, en la espesura de las selvas, en los témpanos del polo, en las zonas tropicales, en lo alto de las montañas, en las entrañas de la tierra, donde quiera, en fin, que se encuentren frente a frente dos seres vivos. ¡Y ellos sufren, ellos sienten! Hasta en los ojos sin pensamiento del animal hay una tristeza que aplaca la cólera y detiene la mano del que los va a herir, y quien ha sentido el balido de la oveja, el bramar de los vacunos, el rugido desesperado del león y el grito del animal que muere, sin defensa, para servir al hombre, experimenta, señores, un sentimiento de horror y de compasión, a la vez, por aquellos pobres brutos que no pueden cumplir su destino, sin derramar su sangre, entre lamentos y alaridos lastimeros. Y esto, en toda la tierra, en todos los siglos, a todas horas. ¡Amargo destino!

\* \* \*

Sobre el mundo vegetal, sobre el mundo animal, está el rey de la creación, el hombre... ¿Quién podrá contar sus sufrimientos?... ¿Por cuáles empezaré?... “Pocos son los días del hombre sobre la tierra — dice Job — y malos”. Pocos, porque viene la muerte; malos, porque los amarga el dolor...

¡El dolor!... Yo me estremezco hasta las



fibras más delicadas de mi ser al pronunciar esta palabra... Mi dolor, el dolor de mi madre, el dolor de mis hermanos, el dolor de los que yo amo... vuestro dolor, **nuestro** dolor, ¿cuándo empezó? cuándo ha cesado?, cuándo cesará?

Yo os miro desde aquí, público numeroso que llena esta sala, y sé que habéis venido porque sufrís... Habéis venido porque el hombre va indefectiblemente allí donde espera hallar un consuelo, o una esperanza... Ignoro vuestra condición social, vuestros medios de fortuna, los dones con que os dotó la naturaleza; pero hay una cosa de que estoy seguro, y es: que habéis sufrido. Sobre vuestras frentes, jóvenes o marchitas, coronadas ya por la nieve de los años, o por una abundante y obscura cabellera, yo veo temblar una corona; es una corona de espinas. Por eso os he reconocido, sois mis hermanos en el dolor.

"Los días del hombre sobre la tierra son pocos y malos". Así ha dicho Job, y esta voz parece la voz de la humanidad...

Sufre en su cuerpo. La ciencia admira esa obra del Creador, conjunto armónico y gentil de órganos y miembros cuyas funciones concertadas renuevan su vida y mantienen latente y poderosa la actividad del hombre, tan variada, tan bella, en sus relaciones con el universo y con sus semejantes. ¡¿Qué sabio Arquitecto construyó el firme y erguido sostén de sus huesos, el apretado tejido de sus músculos, el diverso y admirado concierto de sus órganos y sentidos, cada uno de los cuales tiene una función propia y halla en el cosmos el objeto adecuado a sus fines! El alimento, el vestuario, la luz, el aire, le belleza, el calor, el agua, el fuego, todo le sirve y con ellos construye el hombre el mundo que ha levantado sobre el mundo de Dios. Pero ¡ay! una ley misteriosa le obliga a buscar entre sudores de sangre los elementos de su vida! Nada se obtiene sin lucha, y la tierra, avara de sus dones, se hace pagar con girones de vida, la vida que da a los mortales. Y aquel hermoso organismo que admirábamos hace un instante, posee tantos órga-

nos de dolor, cuantas son sus necesidades, sus instintos, sus funciones, sus sentidos, sus fibras más delicadas, sus partes más mínimas. ¡Y qué dolores tan agudos, tan hondos, tan penetrantes atormentan al cuerpo humano! En valde la ciencia y la caridad corren al lecho del dolor: impotentes ante su lúgubre gemido, no pueden siquiera ofrecer al que sufre el consuelo de sus lágrimas. Por eso Platón puso la salud como el primero de los dones hecho por Dios a la creatura.

Más allá de la enfermedad que corroe sus miembros, acechan todavía al cuerpo el hambre, la miseria, el frío, el calor, la sed, la fatiga, la guerra y la muerte. A cada instante tiene un deseo y cada deseo no satisfecho, es un dolor, y si por un imposible buscara su dicha en un descanso tranquilo y perpetuo, la inmovilidad sería un tormento horrible. El trabajo le causa fatiga; la inacción, fastidio. Como el enfermo que no halla posición cómoda y duradera, así el cuerpo buscando siempre su alivio y su placer, no encuentra jamás satisfacción completa, halla siempre el dolor.

¡Si a lo menos el alma, en tales circunstancias, pudiera prescindir del cuerpo y descansar serena en el ejercicio de sus propias facultades; pero no! El centro y principio de nuestra vida es el alma, y a ella llegan justamente las inquietudes físicas como a su principio consciente. Las facultades se nublan, se embotan, se encojen con el sufrimiento físico que llenando por completo los repliegues del alma, hace resonar en toda ella su doliente quejido.

\* \* \*

Formado por un cuerpo capaz de sentir y, por consiguiente, de sufrir con una variedad de dolores y tormentos verdaderamente asombrosa y aterradora, el hombre sufre también en su alma; en su alma, más que en su cuerpo. La inteligencia y la voluntad, la memoria y el corazón, el presente, el pasado y el futuro, la acción y la inacción, la soledad y la compañía, la ausencia y la presencia, son otras tantas fuentes de dolor. El sufrimiento tiene aun mil puertas



desconocidas, además de estos grandes y anchos caminos por donde todo el mundo lo ve pasar. El se abre senderos ocultos y sutiles, cubiertos de flores, por donde penetra rápidamente, en lo más hondo del alma.

¿Buscas la verdad? Entre la mente y ella el camino es largo y penoso; la verdad está envuelta en nubes que se disipan lentamente. Avanzamos, la verdad nos huye. Se ha tomado una dirección; era otra la que convenía. ¡Y esto con cada verdad, con cada cosa que ha querido el hombre saber, con cada curiosidad de la insaciable inteligencia. Imaginaos qué número de sacrificios oscuros, de holocaustos silenciosos, de investigaciones pacientes, de reflexiones agotadoras no significa el edificio enorme de la civilización, de la cultura, y de las ciencias contemporáneas! Permitidme, señores, rendir un homenaje a estos esfuerzos del hombre por hallar las verdades y hacer más llevadero nuestro paso sobre la tierra, cubriéndola con el fruto de sus sacrificios y la luz de sus descubrimientos.

“Algunas veces el espíritu es grande, sin que lo sea la luz que nos ilumina. Entonces tienen lugar aquellas tristezas misteriosas, cuyo sello habéis reparado tantas veces en la frente de vuestros contemporáneos. Víctimas de la **duda** estos hombres — dice Lacordaire — han bebido en la copa de la sabiduría, sin llevar a sus labios la de la verdad. Han estudiado los siglos, interrogado los mares, consultado los astros; nada ha escapado a sus perspicaces meditaciones, y sin embargo un velo espeso cubre sus ojos; sus luces son tenebrosas; cada nuevo descubrimiento que hacen es otro abismo que se presenta a su vista, y semejantes al labrador que arando los campos de Atenas o de Menfis tropieza a cada momento con ruinas desconocidas, estos poderosos investigadores de la verdad, a cada surco que abren en la inmensidad de las cosas, hacen salir del seno mismo de la ciencia, grandes y dolorosas obscuridades”.

La duda, el error, la ignorancia y la incompreensión preparan al hombre atroces tormentos intelectuales, menos penosos, sin

duda, pero no menos trágicos que la desgracia irremediable de los que han sido dañados para siempre en su inteligencia: los dementes, los locos, los imbéciles, los sin razón.

Obtenidas las verdades ¿descansa nuestra inteligencia? Si el hombre llegara aquí a la posesión de la Verdad absoluta y eterna, reposaría indudablemente en el divino éxtasis de su contemplación; pero las cosas son velos que cubren esa Verdad y nos hablan de ella sin mostrárnosla; las cosas nos dan jirones de la Verdad, pequeñas verdades transitorias, y a veces, verdades amargas y crueles que abren en nuestra alma una nueva fuente de dolor.

\* \* \*

Pero el alma no es sólo una inteligencia, sino que es también una voluntad, por la que dice: yo mando; por la que dice: yo amo! Y acaso con facultad alguna busca el hombre con ansias tan vivas su paz y su felicidad...

“Yo mando!” ¿Quiénes puedan mandar y ser obedecidos verdaderamente? ¿Cuántas son las cosas y cuántas las voluntades que se someten a mi imperio? ¿No se estrella cada día y cada hora nuestra voluntad, con las fuerzas todas del mundo y del hombre, que nos impiden alcanzar hasta la satisfacción de nuestros más modestos deseos? ¡Oh cruel impotencia del espíritu humano! Sentirse con humos de rey y ardientes ímpetus de mando, y chocar siempre con la impotencia de realizar sus anhelos, con el mundo que nos limita y doblega, con la decepción y el desencanto que hielan nuestra mano, en el mismo instante en que creíamos alcanzar la felicidad. Ni aun el bien y la virtud podemos hacer a nuestro gusto: mil fuerzas extrañas nos combaten desde fuera y una fuerza, una energía, un algo funesto y maligno surge de las raíces de nuestro ser, oponiendo a la ley de nuestro espíritu, una ley que le combate.

“¡Ah!, señores, llevar en el cuerpo cadenas abrumadoras y tener los brazos macedados por los hierros, es una humillación sin duda, y un insulto a nuestra libertad.



Peró aun bajo esas cadenas que oprimen sus miembros y esclavizan todo su cuerpo, el hombre puede conservar todavía su alma libre y orgullosa; puede lanzar al verdugo que le oprime, generosos retos. Desde el fondo del íntimo santuario a don se retira inviolable e inviolada, la **voluntad**, superior a sus tiranos, puede hacer resonar todavía el grito de su libertad; y, desafiando a la fuerza que procura oprimirla, puede decir: "Verdugo, puedes, si quieres romper estos miembros que te entrego, y estrujar, bajo el peso de tus hierros, todo este cuerpo que te abandono. Pero hay una potencia que no alcanzarás; una realza que no esclavizarás: esta potencia, esta realza soy yo mismo, es mi libre voluntad, más grande en el cautiverio, que todos mis tiranos en el esplendor de su soberanía".

"...Pero cuando lo encadenado en el hombre es su voluntad misma; cuando esta reina vive prisionera, no de una tiranía que la esclaviza exteriormente, sino de una tiranía que la sujeta en su interior, ¡oh! entonces ¿qué puede quedar al hombre, si no es la suprema humillación de un rey, caído del trono más glorioso, en la más humillante servidumbre?... " (P. Félix).

Y éste es, señores, precisamente el triste y degradado destino en que cae con más frecuencia esa facultad excelsa, cuyo primer grito, al abrirse a la vida fué "yo mando", "yo quiero!"

Peró aun cuando la voluntad logra asentar su imperio y dominar la fuerza de los instintos rebeldes, y guiada por una razón recta y bien inspirada, quiere alcanzar la posesión del bien, que es su objeto propio, halla que "todo bien es pequeño", que nada la satisface por entero y que la práctica a que aspiraba, no se alcanza sino a costa de un heroísmo tanto más abnegado y difícil, cuanto más obscuro e incompendido. La voluntad triunfa, pero sacrificando en su altar, deseos y ambiciones que no mueren completamente y que sangran toda la vida.

En cuanto al amor... "este encanto inexplicable que nos inclina a otro ser y nos impele, menos que a darnos, a fundirnos en

él; el amor, esta maravilla, la más divina de nuestra naturaleza, en la que pasamos toda nuestra vida, esperando siempre realizar su misterio; el amor, no tiene más que una causa pura, causa rara y pasajera en la humanidad. Quisiera callar su nombre, y me acuso hasta cierto punto, de pronunciar su nombre en esta ocasión; pero me es imposible dejar de pronunciarlo. El amor no tiene más que una causa, y esta causa es la belleza...

Colóquese el hombre en presencia de un ser que resplandezca este don terrible, y a menos que se halle cubierto con un escudo divino, sentirá sus golpes. Por rebelde, por orgulloso que sea, irá **como un niño**, a inclinarse a los pies de esto que ha visto y que le ha subyugado con una mirada, "con un cabello de su cuello", como dice admirablemente la Escritura.

Peró esta belleza, causa única del amor, es rara y transitoria en las creaturas. No pertenece más que a un reducido número, y los seres que se hallan dotados de ella, no gozan más que un día de su corona. Les adoramos un día de su vida, porque sentimos bien pronto la fragilidad del don que nos había cautivado. El corazón se suelta con rapidez, y de experiencia en experiencia, sin alcanzar jamás la dicha perfecta, llegan estos seres que amaron y que fueron amados, a no poseer de su amor más que las reliquias de un sueño. ¡La belleza, que es la fuente del amor, lo es también de las mayores desolaciones que háy en el mundo, como si la Providencia se arrepintiese de haber hecho a algunos de nosotros tan rico y tan raro presente.

"Tal es la historia del hombre en el amor... Y aun cuando lo hubiésemos obtenido en vida— ¡a costa de cuántos dolores! — ¿qué nos queda de él después de muertos? Concedo que una plegaria amiga nos siga más allá de este mundo, que un recuerdo piadoso pronuncie todavía nuestro nombre; pero en breve el cielo y la tierra han dado un paso, el olvido descendiendo, el silencio nos cubre, y ninguna ribera amiga envía ya a nuestra tumba la purísima



brisa del amor. ¡Todo ha concluído, y concluído para siempre!" (Lacordaire).

\* \* \*

¡Ah! señores, yo sé que estoy muy lejos de haber recordado todos, ni los peores tormentos que amargan nuestra vida, por el amor. ¡Y quien podría ni siquiera enumerarlos? Pero hay uno que no quisiera omitir en este breve vuelo sobre los dolores del hombre, y es la soledad del corazón... la prueba más dura que puede experimentar nuestra amor: querer amar y no tener a quien amar; amar y no ser correspondido; querer darse y que nadie nos reciba, esperar siempre al que ha de venir, sin que nunca llegue; devorarse en su propio fuego, amar y no ser amados. ¡Cuántos corazones que prodigaron generosamente sus tesoros ignorados y estériles, pasan por la vida, aparentemente intactos, pero desgarrados en su interior, por la infinita desgarradura de este inmenso dolor!

¿Para qué continuar, señores, la demostración de una verdad que es nuestra misma vida? Y como si no fueran bastantes los dolores de cada día, el recuerdo y la imaginación nos atormentan con las desdichas del pasado, y con los temores del porvenir.

"El hombre es un péndulo que oscila entre una lágrima y un suspiro" — ha escrito en algunas partes Lord Byron, y Dante, este verso inmortal:

La mayor cuita que haber  
puede ningún amador,  
es recordar el placer  
en el tiempo del dolor..."

Yo no temo más que una pregunta a esta afirmación de nuestro dolor. ¿La civilización moderna, el progreso indefinido y las ciencias experimentales, no han hecho al hombre, más dichoso?

"Hoy como ayer, con más desesperación que ayer, el hombre se siente pobre, y se siente triste, engañado y miserable. Y, encendido en brutales rebeldías, llora la nos-

tagia de los cielos vacíos, de los altares rotos, de las cosas muertas y no reemplazadas, y muere al fin, hambriento de verdad y de amor, encadenado a su miseria, con el eterno buitre clavado en las entrañas". (Ricardo León).

He aquí la forma suprema del dolor. el dolor sin fe, el dolor sin explicación, el dolor sin esperanza.

"El castigo de vivir sin Dios, ha dicho Bougaud, consiste en sufrir sin consuelo".

Tales son, señores, a grandes, a muy grandes rasgos, los diversos sufrimientos que suelen acongojar al hombre en su paso por la tierra. "Días breves y días malos", como dijo Job.

Ciertamente he callado muchos, porque no podría enumerarlos todos, ni en el espacio de un día entero. He callado los agudos dolores que produce la muerte, los que produce la ausencia, los que producen la felonía y la traición.

\* \* \*

Pero este cuadro, señores, sería exajerado y falso, si yo pretendiera que él encierre toda la verdad. No, señores. Debemos confesar que la vida no es un puro sufrimiento ni es sólo dolor.

La vida tiene sus sombras, sus contrastes, sus luchas; pero también tiene sus luces, sus horas de paz, de belleza y de armonía. Sus caminos no están sembrados únicamente de flores, pero tampoco tienen siempre y solamente espinas.

Junto a la pena florece la alegría; vecina a la fuente del dolor suele brotar a borbotones la de un inmenso goce. En el lenguaje humano, las palabras que significan dicha y bienestar son, a lo menos, tantas como las que significan tristeza y dolor... Existen — claro está — los sufrimientos de la enfermedad; pero también las compensaciones de la salud; las agonías de la duda, pero también la tranquilidad de la certeza; los estremecimientos del odio, pero también los deliquios del amor; las torturas de la desconfianza o los azares de la pelea; pero también la divina embriaguez de la victoria.



Cuando hacemos el balance de la vida, sin dejarnos impresionar por circunstancias particulares, el balance de la vida normal y total, en toda su amplitud, su resultado, señores, da una mayor porción a la paz, al placer, a las alegrías. Son raros los placeres grandes e intensos, esos instantes casi divinos en que una onda de felicidad nos llena y nos posee con una embriaguez enervadora — ¡oh recuerdos sublimes de mi Primera Misa! — son raros; pero no son escasas las amables dulzuras de aquella dorada medianía que cantó el poeta.

El dolor representa una perturbación del orden y de las leyes que gobiernan el mundo; es una excepción. Ya provenga de la anormalidad de las funciones, siempre es un hecho excepcional. El estado habitual es el equilibrio, el placer que nace del ejercicio normal de las funciones, como del cumplimiento ordenado de nuestros deberes.

Finalmente no podemos olvidar, señores, la parte que a nosotros mismos nos corresponde, en el origen de nuestras desgracias y de las ajenas. Todas las leyes naturales del universo son otras tantas garantías de la felicidad del hombre. Si éste las viola, recibe ordinariamente su castigo. Este dolor, señores, no necesita explicación ni es un misterio; este dolor es el cumplimiento de una ley que se llama la ley de la reversibilidad. ¡Cuántos millones de dolores causan los vicios, los crímenes, las pasiones desbordadas? Cuántas desgracias morales producidas por el odio, la envidia, la avaricia, la ambición y la venganza? ¿Quién podría contar el número de víctimas que hacen el alcoholismo, la lujuria, la gula, la vanidad, la soberbia y hasta las modas?

¿Cuántos infortunios que labran los padres con su ignorancia o con su debilidad, los hijos con su ingratitud, los esposos con su infidelidad, y todos en fin, llevados por nuestro egoísmo y falta de amor y fraternidad?

¡Ah! Esto lo sabe bien el Sacerdote, que asomándose muchas veces al fondo obscuro de las conciencias, conoce la verdadera

causa de muchos dolores e infortunios cuyo origen ignora el mundo!

No obstante, aun eliminando estas penas que nacen de la libre voluntad humana y que son la aplicación justísima de la ley de la reversibilidad, quedan todavía sobre la tierra grandes y numerosos sufrimientos que, si bien no llenan la vida, son a lo menos lo suficientemente dolorosos para que constituyan un misterio, tanto más profundo y pavoroso, cuanto que existe en el alma un anhelo inextinguible de dicha, de paz y de felicidad.

Frente a este misterio el hombre se siente turbado, y con una ansia que los años y la experiencia no hacen más que acrecentar, se pregunta, ¿el deseo de la felicidad que siento en mí y me guía en todas mis acciones no tiene entonces un fundamento real? ¿La vida merece o no merece vivirse? Nuestras luchas ¿son estériles o fecundas? ¿Debemos alimentar nuestro valor y nuestra fuerza al calor de la esperanza o, debemos abandonarnos, vencidos en los brazos de la desesperación?

Y no solamente es este aspecto psicológico-moral el que nos interesa en el problema del dolor. Más trascendental es el aspecto religioso. Si — como afirman todas las religiones — existe un Sér sapientísimo, autor y ordenador del universo, ¿cómo se explica el dolor que lleva el desorden a la porción más noble del mundo creado, que es el hombre? Si existe un Sér todo Bondad, que ama con el amor más tierno a sus criaturas, ¿cómo se explica el dolor que tortura sin compasión los cuerpos y las almas? Si existe un Sér justo y santo que ha prometido las más bellas recompensas a los que observan su Ley y ha conminado con los castigo de su justicia a los que la desobedecen, ¿por qué el dolor golpea sin distinción a buenos y malos? ¿Por qué parece preferir justamente a las almas santas y piadosas?

¡Ah!, señores, pavorosas preguntas que se hacen más enigmáticas todavía a la luz de la revelación cristiana. Cuando más buscaba el mundo la alegría y la felicidad, sur-



ge la voz de Jesús que dice, desde la montaña de las bienaventuras: "Bienaventurados los que lloran" (Mat. XVI).

Cuando estaban sumergidos en el delirio de todos los placeres, el Cristo no cesa de repetir: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame". Y a las enseñanzas de su palabra añade la confirmación del ejemplo de toda su vida, que deslizándose entre todas las miserias de Belén y el martirio del Gólgota, es la apoteosis del dolor...

¿Cómo se explica, pues todo esto? ¿Hay una respuesta que nos aclare el misterio del dolor en el mundo, una doctrina que nos permita suprimirlo, o a lo menos aliviarlo?

Comprenderéis, señores, que estas preguntas encierran el problema de nuestra vida entera.

Los hombres, los sabios, los filósofos no podían guardar silencio ante él; las religiones no han tenido otra razón para existir. ¿Qué han dicho, pues?

He ahí señalado el objeto de esta conferencia, a la que el C. de E. R. continuando su noble misión, nos ha llamado esta tarde. ¡Lástima que esta vez la magnitud del tema sobrepase en proporciones tan colosales, la capacidad de quien viene a exponerlo...! Yo pido a Dios, mi Señor, desde el fondo del alma, que mis palabras sean, hoy más que nunca, la expresión de su Eterna Verdad.

## SEGUNDA PARTE

### LA RESPUESTA DEL HOMBRE

**Sumario.**—Filosofía primitiva. — Así habló Zaratustra—Entre budistas y brahmanes.—Confucio.—Sócrates de Grecia.—Epicúreos y estoicos.—Schopenhauer. Una voz.

La investigación filosófica, precisamente porque es la obra más pura y elevada de la razón, fué desconocida de los pueblos primitivos, razas vagabundas que guiadas por la imaginación y los sentidos, luchaban

con la naturaleza y con sus semejantes, en busca de pan y de dominio.

Aun la mayor parte de las civilizaciones antiguas ignoraron la filosofía, su naturaleza propia y sus caminos verdaderos. Todo su pensamiento se halla encerrado en sus doctrinas religiosas, mezcla informe de verdades de sentido común, de tradiciones legendarias y de afirmaciones teológicas, restos dispersos de aquella revelación primera, hecha por Dios al hombre, pronto oscurecida por el error y las pasiones y sólo conservada intacta, a costa de grandes esfuerzos, en el pueblo de Israel.

La religión ocupa en aquellos pueblos el lugar de la filosofía; por ella poseen algunas verdades filosóficas; sus filósofos son sacerdotes, son fundadores de religiones, o reformadores de los existentes.

De entre esas nacionalidades que — en medio del mundo bárbaro — se alzan en las lejanías de la Historia, como dueñas ya de un pensamiento organizado en sistema religioso, podemos reconstruir el pensamiento de la Persia, la India y la China, que en el oriente fabuloso y milenarista, formaban ya poblaciones de hondas preocupaciones filosófico-religiosas, seis o siete siglos antes de N. S. Jesucristo. El problema del dolor fué el primero que vino a llamar asus inteligencias.

La Persia tiene por fundador de su religión a Zaratustra, llamado también Zoroastro, autor de los libros sagrados que llevan el nombre de Avesta.

El célebre reformador del imperio, que desde la meseta del Irán debía dominar bajo el mando de Ciro y de Darío toda el Asia occidental, construyó todo su sistema religioso sobre este hecho que fué sin duda el que más impresionó su mente: el mundo es el teatro de una guerra entre el bien y el mal, el primero, fuente de la felicidad; el segundo, origen del dolor.

Entonces, en vez de un Principio Supremo Único, autor de universo, el puso dos: Ahura Mazda, principio del bien, y Aura Mainyu, principio del mal. Aquel, esencialmente bueno, sapientísimo, preside el reinado de la



luz, de la verdad y de la justicia; el segundo esencialmente malo, ciego e ignorante, preside el reino de las tinieblas, del error y de la maldad. Pero ambos son independientes y libran entre sí una batalla sin cuartel, ayudados por una falange de espíritus secundarios, batalla de la que el hombre viene a ser el centro y la víctima, aunque es obra de Ahura Mazda.

De Aura Mainyu vienen todos los dolores y sufrimientos; él ha puesto veneno en las plantas y ha gratificado a la humanidad con 4.333 clases de enfermedades.

Para librarse de tantos males hay que entrar, por medio de la virtud, de la pureza, de la fraternidad, del respeto a los animales buenos, entre los discípulos de Ahura Mazda; moral noble aunque deficiente, que es en todo caso la gloria de Zaratustra.

Pero él reconoce que la sanción de la virtud es incompleta en la tierra; la liberación total del dolor no tendrá lugar sino en una vida futura, más allá de la muerte, reino inmortal de felicidad.

Pero si los méritos de la vida, en la hora del juicio de ultratumba, no alcanzan a cubrir los deméritos, el alma será precipitada en el reino del dolor y de las tinieblas, hasta que 30.000 años después de la primera venida de Zaratustra, otro profeta aparecerá en la tierra, a librar la batalla suprema. Ahura Mazda y los espíritus buenos, vencerán a Aura Mainyu y sus secuaces, scultándolos para siempre en los abismos. El dolor habrá terminado entonces en el mundo.

La doctrina avéstica alcanzó su apogeo bajo la dinastía de los Sesánidas, se extendió más allá de los límites de la Persia, llegó a Roma, en cuyo emperador Eliogabalo tuvo un ardiente admirador, y diez siglos después de Zaratustra halló en el propio cristianismo un secuaz ardoroso que quiso reconciliar ambas religiones. El maniqueísmo, en efecto aquella famosa herejía de la que San Agustín fué primero víctima y más tarde espada, no era otra cosa que el mazdeísmo disfrazado. Hoy día, apenas si una que otra secta refugiada en la

India, después de la invasión mahometana, conserva la religión de Zoroastro y prolonga en secreto su lánguida agonía. La solución dada por el dualismo avéstico al problema del dolor es incompleta e inexacta.

Nadie niega la lucha entre el bien y el mal; pero no es posible admitir que todos los seres deban necesariamente clasificarse en uno de estos dos reinos. En el cosmos ambos están estrechamente unidos y confundidos, y no hay cosa, por imperfecta que sea, que no tenga, dentro de su naturaleza, alguna perfección; así como no hay nada tan perfecto, que lo sea sin imperfección alguna. Por eso, algunos elementos que el mazdeino ha juzgado siempre buenos, como el agua y el fuego, son frecuentemente causa de males y dolores, y otras que clasificó entre las perversas, como las hormigas y las tortugas, tienen a su vez una función benéfica, no sólo con respecto a la armonía del universo, sino aun al hombre mismo.

Pero donde Zaratustra hirió más profundamente la realidad y a la razón fué en su teoría sobre los dos principios supremos y contradictorios. Un Dios malo, es un concepto absurdo; un ser que existe en virtud de su propia esencia, no puede ser sino perfectísimo y es imposible que por su naturaleza tienda al alma, que es la negación de perfección. Si el principio del mal es dependiente y súbdito del principio del bien, éste sería verdaderamente responsable de sus acciones, y entonces el problema del dolor no sólo queda sin solución, sino que se hace más grave que nunca. La lucha con su antagonista y su impotencia para vencerlo, antes de 30.000 años, despoja en fin al Dios bueno, de toda omnipotencia y perfección, reduciéndolo a la calidad de un juguete del azar y a una noción tan absurda, que sólo cabe en una mente primitiva e infantil.

Podemos admitir con Zaratustra que sólo la virtud conduce a la verdadera felicidad, pero no se puede admitir que la virtud sea aquella que describe el maestro, virtud ritual, más que moral, caridad que pone fuera



de la ley a cuantos no están dentro de las prescripciones del Ahura Mazda, es decir, a aquellos que por estar en el error o en el vicio, más necesitan de la ayuda de los buenos.

La solución del reformador iránico no es verdadera ni completa; hermosa y bien inspirada, no satisface plenamente a la inteligencia, ni reconforta el corazón.

\* \* \*

En ningún país del mundo el problema del dolor ha sido estudiado tan apasionadamente como en la India. El dolor ha constituido el objeto principal de la especulación de sus pensadores, y su literatura es tan abundante, que sería imposible ni siquiera presentar un resumen, en esta ocasión. Pero no importa. Para nuestro objeto, basta que yo resuma aquí el pesimismo budístico, que es la expresión más acabada del pensamiento hindú y que se confunde en este asunto, con el pesimismo brahmánico.

Sakiamuni, Gotama, o Buda, nació probablemente a mediados del siglo VI a. C. al pie de las montañas del Nepal; después de haber seguido la vida monástica de los brahmanes, los abandonó para predicar una doctrina propia. Leyendas fantásticas, luchas seculares, divisiones y reformas componen la historia nebulosa e inextricable del Budismo, que esparcido hoy en el Tibet, Indochina, Cambodge, Siam, Ceylán, Japón y la China, ejerce todavía una gran influencia en la teosofía contemporánea.

Para Buda el problema del dolor es el único problema. No solamente reconoce que en el mundo hay dolor, sino que la vida es esencialmente dolorosa. "He aquí, oh monjes, — dice Buda — la verdad sublime sobre el dolor: el nacimiento es dolor, la vejez es dolor, la enfermedad es dolor, la muerte es dolor, la unión con aquellos que no se ama es dolor, la separación de aquellos que se ama es dolor, no obtener lo que se desea es dolor, los cinco sentidos son dolor". Y así el sombrío predicador de la India ha hecho la enumeración desolada

de todos los sufrimientos humanos, como si constituyeran la única ocupación de la humanidad. Su pesimismo llega hasta no averiguar si esta penosa ley subyuga a los hombres por un mandato de la Divinidad; ya esto sería hallarle un origen elevado, y la esperanza de una compensación. Buda se detiene exclusivamente, para buscarle un remedio, en las causas próximas del sufrimiento, y establece que son el amor a la vida y a sus bienes. Pero como la vida es esencialmente dolorosa, todo en ella conduce al dolor. Estamos unidos a la vida por la actividad, origen de todos los fenómenos que constituyen la existencia y que conserva y la prolongan en reencarnaciones sucesivas, es decir, en sucesivos dolores. La actividad a su vez tiene su origen en el deseo; el deseo es hijo de la ignorancia, cuasa primera de todos los males. La ignorancia, no de la ciencia, ni de la religión, sino la ignorancia que consiste en creer que la vida es una realidad, siendo una pura ilusión; la creemos una cosa estable siendo fugaz; la creemos grata y apacible, siendo a la verdad triste y dolorosa.

Señaladas las causas, fácil es concebir donde puso Buda el remedio del dolor. No en el suicidio, puesto que el suicidio liberaría al hombre de una vida, pero no de las reencarnaciones sucesivas; sino en la extinción de toda actividad, de todo deseo, de toda realidad, puesto que todo es dolor, fugacidad e ilusión. Sumergido en una ataraxia completa, inmóvil, en una especie de contemplación pasiva y oscura, privado de todo placer, el budista perfecto lleva, en el monasterio enclavado en lo alto de la montaña, una existencia que lo liberta cada vez más de la materia, de los sentidos y hasta de las ideas, y en este sueño apacible, llamado **Nirvana**, en que se pierde la conciencia de sí mismo, aguarda la liberación final, que será sumirse en un Nirvana definitivo, después de la disolución de su cuerpo.

Por el contrario, si en el momento de morir no se ha liberado de todas las ligaduras que lo atan a la vida, deberá recomenzar una nueva existencia, condicionada por



la anterior, hasta alcanzar el Nirvana de que no se vuelve más.

Señores, casi me parece una ofensa al buen sentido, detenerme a considerar conceptos tan falsos y arbitrarios, como los que acabáis de escuchar. ¿Con qué derecho se afirma, sin pruebas, que la vida es ilusoria y carece de sujeto real; que el alma se reencarna en existencias sucesivas y variables, y que el mal atrae por sí solo su castigo, y el bien, su premio, sin intervención alguna de un Legislador y Remunerador Supremo? Por otra parte no se resuelve el problema del mal, si no resolvemos antes otras cuestiones previas, sobre las cuales budistas y brahmanes guardan absoluto silencio, a saber: si Dios existe; si ha dado una finalidad a la vida del hombre y al universo; qué es la virtud y por qué ha permitido el dolor.

A mí no me basta saber como aliviaré mis sufrimientos, sino también ¿por qué sufro? Y esto no lo sabe, ni lo pregunta el hindú.

El pesimismo de Buda ha hallado su castigo en la espantosa estagnación y atraso en que mantiene, desde hace casi tres mil años, a los pueblos que infectó con su veneno. Al condenar toda actividad, condenó todo progreso, aun el del espíritu; al condenar el ejercicio de todos los sentidos, hasta los más nobles, impidió todas las artes y las ciencias; al confundir los deseos puros con los deseos bajos, las satisfacciones legítimas con las ilegítimas, quitó a millones de seres no sólo las dulzuras de la vida, sino que hizo de su raza un pueblo de mendigos y decrepitos, sentados a la sombra de sus selvas seculares dejándose roer por la lepra y los insectos, aquel cuerpo que debía ser vaso e instrumento de las más nobles ascensiones del espíritu.

\* \* \*

El imperio chino ha sido también campo de luchas religiosas, motivadas por las dos grandes corrientes que, desde el siglo V a. C. dividieron a los creyentes. Una, impulsada por Lao-tse, filósofo especulativo e

innovador, de cuya vida se sabe poco, y la otra, que reconoce como padre a Confucio, ardiente defensor del pasado que quiso salvar la tradición que se desmoronaba y compiló, arreglándolas, las leyendas y ritos de la más primitiva religión de los chinos.

Según Lao-tse, fundador del **taoismo**, existe un primer Principio único, llamado Tao. De él emana con su ser, el destino de cada uno. Las fuerzas del mundo son benéficas cuando se desarrollan en la dirección que les dió el Principio; si se desvían son maléficas. Decretado por el primer Principio el destino de todos los seres, es un deber no intervenir en nada, no poner la mano en el rodaje; no ocuparse más que de sí mismo, dejar que el mundo siga la ruta que le señaló Tao. El taoísta considera su rotación con plácida mirada; para él nada puede ir mal; el punto de la circunferencia que ahora está abajo luego estará arriba. No hay que apurarse ni afligirse por nada. Patria, gobierno, bien social, progreso, ideales, proyectos y reformas: el taoísta se ríe de todo eso. Que vayan las cosas como puedan. El hombre no tiene más que dos deberes: convencerse de que todo es uno y querer lo que quiere el Principio. Quien se penetra de lo primero, se verá libre de existencias sucesivas, y penetrará, a su muerte, en el Principio consciente. Quien practica lo segundo, sin inmutarse, no tendrá pena ni sufrimiento. Vivir serenamente, resignadamente, impasiblemente y morir, "sin mudar el semblante": he ahí la fórmula que resume esta teoría, que ha creado ese fatalismo frío e indiferente que petrificó a la China durante 25 siglos. El dolor, para el taoísta no existe, no debe existir; hay que suprimir las pasiones porque desgastan; la lujuria y la glotonería porque enferman y consumen; toda ambición y esperanza porque perturbaban la marcha de los acontecimientos. ¿Y si a pesar de todo, la desgracia sobreviene? No importa: estaba escrito así: no hay por qué inmutarse.

Confucio fué un político. Para él todo es práctico y concreto; pero aunque persiguió



finés diversos y en otros puntos se aparta notablemente de Lao-tse y llega hasta afirmar que existe la providencia de Dios, en el juicio sobre los dolores del mundo y la manera de afrontarlos, no se distingue mucho de su antagonista. He aquí sus palabras: "La oportunidad es el rasgo distintivo del sabio. Exceso y defecto son vicios igualmente perjudiciales; todo extremo es una posición funesta; todo plan preconcebido, todo apriorismo es un mal. Es preciso seguir y no innovar; tomar en todo un término medio, caminar sin intención determinada, acomodarse a cualquier choque; no abrazar nada con pasión, no rehusar nada por antipatía, hacer lo que más conviene por el momento, en el caso dado, sin apresurarse". Estos principios del Maestro han formado la China secular; ningún fin, ningún plan, ninguna iniciativa; ni patriotismo, ni política, ni amor, ni odio. Durante 2.500 años gobierno y pueblo "han pasado los días", como se dice allá, encorvándose bajo la adversidad, enderezándose en la prosperidad, escapándose siempre lo mejor posible; bogando como un corcho flotando en el mar, que se sumerge cuando la ola llega, que emerge cuando ha pasado, que flota siempre, pero no avanza jamás.

A pesar de su sabiduría, Confucio no sólo no ha resuelto el problema del dolor sino que ni siquiera ha conocido su origen y su verdadera naturaleza. Al pretender aliviarlo en la práctica por medio del optimismo y de una sonriente impasibilidad, heló para siempre la sangre de aquel pueblo en sus venas y rompió en sus manos, todos los ideales.

Todas estas religiones asiáticas han pretendido resolver el problema del dolor, no explicándolo o suavizándolo; sino tratando de insensibilizar al hombre, procedimiento antinatural e imposible; procedimiento narcotizador como el opio de sus fumaderos, que ha atrofiado las cualidades de varias razas, por otra parte, dotadas de imaginación e inteligencia.

\* \* \*

Salgamos de estas regiones sombrías y estériles, señores..

Ya aparece en el horizonte la Grecia inmortal. En sus playas luminosas, que bañan las aguas azules del mediterráneo, crece un pueblo joven que supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal, y de lo real, las fuerzas del espíritu y las bellezas del cuerpo, porque fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y el poder de los hombres. "Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios—dice uno de los hienos homéricos—se imagina que ellos no han de envejecer jamás". El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais decía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: "No sois sino unos niños". Pero de aquel amable juego de niños sobre las playas del archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, la curiosidad de la investigación, la belleza de la palabra: todos esos estímulos de Dios, que el cristianismo había de elevar a su perfección más pura (E. Rodó).

Grecia representa la más alta cumbre a que puede llegar la inteligencia humana, sin las luces de la revelación; por eso su respuesta al problema del dolor representa también todos los esfuerzos que el hombre — sin la ayuda positiva de Dios — puede hacer para resolverlo. Estos esfuerzos pueden resumirse en tres soluciones distintas: según la primera, el dolor se vence con la virtud. La segunda lo vence huyéndolo y buscando el placer. Y la tercera lo vence negándolo, tras el escudo de la apatía estoica.

Sócrates es el autor de la primera. Para él, Dios, Ser Supremo, sapientísimo y providente, gobierna el mundo para felicidad de los mortales. Los males no provienen de Dios, sino de la materia de que está formado el mundo, y son aparentes.

La felicidad no es una quimera; puede



conquistársela buscándola donde está, esto es, dentro de nosotros mismos. No la constituyen los placeres groseros, sino íntimos goces del espíritu. Su fuente es la virtud; seamos virtuosos y seremos felices; hagamos el bien e irradiaremos alegría a nuestro alrededor; edifiquemos la sociedad sobre el fundamento de la perfección moral de todos sus miembros y la haremos grande, próspera y feliz.

Sabiduría es sinónimo de virtud, porque aquella consiste en conocer lo que es verdaderamente el bien, que no es el placer de los sentidos, los cuales son pocos, variables y caducos, sino el bien moral, único bien universal y permanente. Por eso no hay otro bien que el bien moral, ni otro mal digno de este nombre que es el mal moral.

Y Sócrates, señores, hizo de esta doctrina la norma de su vida admirable, saludada por la humanidad como el ejemplo más elevado de grandeza moral del mundo pagano. Llevado a los tribunales por enseñar el monoteísmo, pudo decir serenamente a sus jueces estas palabras inmortales: "Los malvados nada pueden contra el hombre de bien. Me condenarán a muerte, al destierro, o a la pérdida de mis derechos de ciudadanos y de mis bienes: a sus ojos, estos son males terribles; pero yo no juzgo así. A mi juicio el mal más terrible es el que ellos hacen a sí mismos preparándose a enviar a la muerte a un inocente".

Poco antes había resumido su doctrina sobre el dolor en esta frase: "oh jueces, esperad la muerte llenos de confianza y no penséis sino en una verdad y es que no hay mal ninguno para el hombre de bien, ni en esta vida ni después, y nunca los dioses nos abandonan".

Tal era en efecto, su convicción; doctrina pura y elevada, cuya no hubo otra antes que él; pero en fuerza de su elevación, demasiado idealista, utópica e imposible de alcanzar; sobre todo cuando, como a él mismo le sucedió, no fué suficiente para librarlo de la miseria, de la persecución, de la injusticia y de la muerte, males positivos y dolorosos, que requieren para ser sobre-

llevados, algo más que un concepto filosófico.

La virtud es un factor de la felicidad, pero no el único. Frente a su trágico destino parece haberlo comprendido el gran filósofo, y en los días que transcurrieron entre la sentencia y su ejecución, completó sus enseñanzas esbozando su doctrina sobre la inmortalidad del alma y su felicidad ultraterrena, hermosas y brillantes claridades que habían de establecer de una manera más clara y categórica sus discípulos Platón y Aristóteles y que anunciaron la luminosa aurora del cristianismo.

\* \* \*

La doctrina de Sócrates, desviándose del justo término medio, admitía dos interpretaciones exageradas: una que pretendiera vencer al dolor — no por el placer espiritual — sino por los placeres sensibles, y la otra que pretendiera vencerlo, no por el dominio moderado de sí mismo, sino por una apatía absoluta e inhumana.

La primera forma la escuela filosófica, de largas proyecciones, llamada epicúrea, y la segunda, la llamada estoica.

Epicuro, ateo y materialista, enseñaba que no existiendo un Ser Supremo ni una vida ultraterrena, la liberación del dolor debemos buscarla simplemente sobre la tierra y esperarla de nuestras fuerzas. ¿Cómo? Huyendo de todo dolor, buscando siempre el placer. Epicuro en realidad concebía el placer como la ausencia de dolor, más que como un goce pasajero y momentáneo; como un estado de paz y tranquilidad que se obtiene cuando estando el alma y el cuerpo satisfechos en todas sus necesidades, se sienten libres de todo sufrimiento.

De aquí las normas de Epicuro: "Buscar los placeres, a los cuales no sigue pena ni sufrimiento; huír los dolores o trabajos, a los cuales no sigue ningún placer; evitar los placeres que puedan privarnos de otro mayor, y soportar las penas que nos libran de otras más grandes, o que procuran un placer mayor". El fondo de virtud o de



renunciamiento que podía haber en la moral epicúrea, fué borrado por sus discípulos, que en generación infinita se han propagado por todos los pueblos de la tierra, sin que el grito de hastio, de asco y desilusión lanzado por las generaciones que pasaron, haya servido a las que surgen, para no tentar esa experiencia, condenada inexorablemente al más cruel — y a veces irreparable — fracaso. Buscar la dicha en la tierra, cuando justamente se trata de huir de ella, porque produce espinas y abrojos, es querer salvarse del incendio arrojándose en sus llamas devoradoras. Por lo demás, ¿la dicha y el placer ¿dependen de cada uno de nosotros? ¡Ah!, señores, hace muchos siglos que la humanidad gime y llora, a pesar suyo, para que tenga yo necesidad de contestarle a Epicuro.

\* \* \*

Se cuenta que un día Alejandro Magno fué a visitar a un célebre filósofo griego que habiendo dejado todas las cosas vivía austeramente en un tonel.

“¿Qué quieres de mí?” — preguntó el poderoso monarca, deseoso de hacer feliz a aquel hombre.

—Que no me quites el sol, respondió Diógenes quitándose de la sombra proyectada por el emperador.

Ese Diógenes es el fundador de la escuela cínica que, confundida más tarde con la llamada estoica, representa el último esfuerzo de la antigüedad pagana para resolver el problema del dolor.

Despreciar el placer, habituarse a sopor-tar las privaciones y todos los dolores; librarse de todas las necesidades y leyes impuestas por la vida social y volver a la naturaleza pura, he aquí los principios con que Diógenes esperaba hacer felices a los hombres, y cuyo eco había de repetir más tarde J. J. Rousseau. Ni una palabra que justifique esta extraña moral; ni una idea que le sirva de sostén: ha de hacerse así porque sí. Se trata de normas prácticas, despojadas de fundamento especulativo y ¡qué normas, señores. Pretendiendo volver al hombre a un hipotético estado de vida

de la naturaleza, han terminado por reducirlo a la vida de las bestias, a una estúpida indiferencia por los bienes superiores e ideales, a una resignación estéril ante los males de la existencia. “Leyendo vuestro libro — escribía Voltaire a Rousseau — he sentido ímpetus de ponerme en cuatro pies”.

Los estoicos suavizaron la doctrina y la ennoblecieron. Su fundador fué Zenon, 309 años antes de Cristo. Su doctrina, tuvo en Grecia numerosos discípulos, y llevada más tarde a Roma, con cuyo carácter tanto se avenía, fué la única filosofía de la señora del mundo, entre cuyos grandes ciudadanos halló el estoicismo defensores y prosélitos de que se enorgullece el linaje humano. Cicerón, Catón y Bruto eran estoicos, en los tiempos austeros de la república; y los nombre de Séneca, Epicteto y Marco Aurelio fueron — en medio del imperio corrompido y fastuoso — los más puros y nobles moralistas de la antigüedad.

Desde el punto de vista especulativo profesaban casi todas las ideas religiosas de Sócrates: enseñaban que el mundo y los acontecimientos eran la obra ordenada y providente de un Ser Supremo y perfectísimo que mira al bien común y la armonía universal, ante la cual desaparecen los llamados dolores y desórdenes particulares.

Prácticamente el hombre debe aceptar la providencia divina y buscar el único bien verdadero, que es la virtud, origen de toda felicidad; el obstáculo de la virtud son las pasiones, — enfermedades del alma, — que turban el equilibrio interior y causan el dolor. Es necesario, pues, dominar, vencer, aplastar todas las pasiones: buenas o malas ellas perturban: lleguemos a la apatía, a la impasibilidad y seremos felices.

Esta es, señores en su línea más pura, y sin los conceptos que después tomó del cristianismo naciente, la doctrina de los estoicos: ellos salvaron la dignidad del hombre del naufragio de corrupción romana en que estuvo a punto de perecer y prepararon los espíritus a aquella nueva religión austera también pero confortante y luminosa, que empezaba ya a clarear sobre el mundo; pero



no dieron solución al problema que pretendieron resolver. Al que sufre le han dicho: "piensa que cuanto sucede en el mundo es efecto de la necesidad y tu debes aceptar sin quejas tu suerte. Lo único que vale en vida es la virtud y ésta exige ser indiferente a la alegría como al dolor". Pero ¿qué hacer cuando el sufrimiento, más potente que todos los raciocinios, agobia con su peso al corazón? ¿qué hacer cuando nuestras fuerzas vacilan y nos invade el desaliento, bajo los golpes repetidos del infortunio? El remedio es sencillo. "La puerta está abierta — dice Séneca; — si no quieres combatir, es permitido huir; breve es el camino que conduce a la liberación final".

Esta es la solución definitiva de los estoicos: el suicidio; solución que no fue simplemente teórica, puesto que Zenón, Clean-te, Catón, Séneca y Lucano, para no citar sino a los más famosos, la pusieron en práctica. ¡Habían ideado una doctrina para enseñar a vivir, y ésta consistía en morir!

He ahí, señores, la última palabra del hombre frente al dolor: palabra cobarde, palabra criminal, que es la negación misma del sér. ¿Es que el misterio del dolor no tiene respuesta?

\* \* \*

En el siglo XIX se ha levantado una voz para proclamarlo y hacer de la desesperación una doctrina. Alejado de aquella que guió a la humanidad durante dieciocho siglos e hizo amable la vida, Arturo Schopenhauer escribió ese libro negro y pesimista que se llama "Los dolores del mundo", y que todos los jóvenes leíamos en nuestra hora romántica, como la expresión fiel de ese estado de ánimo que en esa edad produce el choque de nuestras ilusiones de adolescente, con las realidades prosaicas de la vida. En aquella hora, Schopenhauer fué nuestro autor favorito. ¿Y qué dice el tétrico filósofo alemán?

Aun resuenan en mis oídos sus palabras, crueles y duras como golpes de maza "el mundo es el infierno, y los hombres se dividen en almas atormentadas y demonios atormentadores". He aquí el resumen de

sus opiniones. El amor, la piedad, la mujer, la virtud, todas esas cosas que embellecen la vida, son analizadas en aquellas páginas amargas con un pesimismo frío e implacable, con una parcialidad obstinada, con un materialismo crudo y cortante, cual la hoja de una daga que se enterrase en la carne blanda y caliente de un niño. Pero en aquella hora en que el muchacho ha recibido la primera decepción de su vida, o ha presenciado la primera injusticia humana, aquello es la Biblia...

Pero "nada hay nuevo bajo del sol", señores, y Schopenhauer no tuvo siquiera el mérito de la originalidad. Bebió sus ideas, más que en los pesares y decepciones de su vida solitaria y atormentada, en aquellos libros brahamánicos y budistas, que ya conocemos y que él tenía como la expresión más pura de la verdad.

Aunque ha dejado imitadores, como Hartman y Nietzsche, e innumerables discípulos como Byron, Heine, Shelley, Ibsen, Leopardi y otros escritores pesimistas, todos hemos reaccionado contra él y le hemos dado la mejor respuesta que puede darse a una doctrina de muerte: la vida, nuestra vida activa y fecunda.

\* \* \*

Estas son, señores, las principales respuestas que la inteligencia del hombre, sin el auxilio de la revelación, ha ideado para explicar el misterio del dolor. Esto es todo lo que hay, fuera del cristianismo.

Examinando las varias soluciones, acabamos de convencernos de que ninguna lo ha resuelto, ninguna ha logrado explicarlo de un modo satisfactorio que responda a la inteligencia y también al corazón...

El pensamiento oriental, atribuyendo el dolor, o a un principio supremo malvado, o a una luz ciega y fatal, ha visto en él un hecho sin finalidad, un hecho absurdo e irracional. Por tales caminos inútilmente se ha afanado en hallar un medio adecuado para combatirlo.

El pensamiento helénico ha visto más claro, y aunque entre humos, ha divisado con los socráticos y los estoicos, la noble



finalidad del dolor; pero engañado por su naturalismo, en vano ha pedido a la tierra sus consuelos; la tierra no le ha dado sino paliativos.

El pensamiento moderno finalmente, alejándose del cristianismo, no ha hecho sino calcar el pensamiento antiguo, renovando sus errores y su fracaso. La humanidad doliente les ha preguntado a estos hombres que le arrancaron la fe, el por qué de sus amargos sufrimientos, y le han respondido que lo ignoraban; les ha pedido un consuelo, un alivio, y ellos han aconsejado, por boca de Leopardi, la desesperación; por boca de Schopenhauer y de Hartmann, la negación de la voluntad de vivir.

¿Puede la inteligencia contentarse con esta solución? ¿Puede el corazón? No, ciertamente. Entonces, es necesario buscar la luz en otra parte; en otra parte buscar la solución. ¿Pero ¿dónde iremos? ¡Ah! señores. Allá lejos, en la distancia de los siglos, yo divisé a un hombre, a un hombre desnudo y enclavado en una cruz de madera, y oígo una voz que llega, dulce y serena, hasta el fondo de mi corazón, una voz que dice:

—“¡Venid a mí, todos los que estáis cansados, y yo os aliviaré”. Señores yo os invito: vamos a El!

### TERCERA PARTE

#### LA SOLUCION CRISTIANA

**Sumario.**—Origen del Dolor.—Tres certidumbres.—Misión providencial del Dolor.—Del Dolor que castiga, al Dolor que redime.—El Dolor espiritualiza y acerca a Dios.—El Varón de Dolores.—El Dolor educa, ennoblece e inspira.—La caridad hija del Dolor.—El Dolor santifica y salva al mundo. — La cruz símbolo del Dolor y de toda grandeza humana.

Dios no es autor del dolor, como no es autor del pecado.

El mal en efecto, como enseña la Filo-

sofía, es la privación de bien, como la nada es privación del sér; el mal no existe como algo positivo, sino que es negación; es un defecto, una ausencia, pero no una cosa que es. Cuando Dios crea una cosa, crea lo que es, da el sér; habrá dejado de añadirle algo más, o de crear lo que le falta; pero en ningún caso la ausencia, la privación — que es el mal — constituye al objeto de su acto creador, sino el sér, esto es, el bien.

Según la Filosofía, pues, Dios no puede ser autor del mal, del cual el dolor es una especie; o el dolor no es un mal. Esta noble y elevada noción filosófica, que había de confirmar la revelación cristiana, pertenece, señores, a Aristóteles, padre de la Filosofía, quien la enseñó 300 años antes que Jesucristo viniera al mundo.

Tal es también la enseñanza de la fe y de la tradición de todos los pueblos; nuestros primeros padres fueron creados en la dicha y adornados de dones extraordinarios; la naturaleza les estaba sujeta; los instintos y pasiones del cuerpo obedecían al espíritu, y el espíritu — libre y dichoso — obedecía a Dios. Así como la tierra tenía como ley reconocer la soberanía del hombre, el hombre, no tenía más que una ley sobre sí, reconocer la soberanía de Dios, en un precepto único. La trasmisión de su dicha y de su inmortalidad a todos sus descendientes, sería el galardón de su fidelidad.

Su caída rompió el encanto de aquella maravillosa armonía; su espíritu se rebeló contra el Creador, la carne se rebeló contra el espíritu, y la tierra, convertida en camino de espinas y abrojos, se rebeló contra su señor. El hombre se separaba de los planes amorosos y sobrenaturales de Dios, y caía, como por una consecuencia lógica, bajo el dominio y el desorden de una naturaleza ciega y perturbada.

Depositario, en fin, y poseedor de toda la naturaleza humana, como si dijéramos, de toda la humanidad, manchó a toda ella con su culpa y por tanto, con sus consecuencias. Todas su consecuencias se resumen en una



sola palabra: dolor! "Por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte", dice S. Pablo. (Rom. V. II).

Tal es, señores, el origen del dolor, según el Cristianismo. Y esta ley sigue cumpliéndose no sólo porque a cada hombre se irasmite esa doble herencia de la mancha original y del dolor; sino también porque habiendo los hombres añadido nuevos y múltiples pecados personales a aquel con que nacieron, se han multiplicado también — en la forma en que lo hemos visto en la primera parte — los dolores del hombre sobre la tierra. No parece sino que cada crimen de nuestra ceguera o de nuestra maldad, desencadenara contra nosotros todas las fuerzas del mundo irritadas y vengadoras.

Dios no es el autor del dolor; pero el dolor existe. Obra del hombre, hijo de su libertad, ley de la naturaleza, consecuencia social, el dolor existe y nos atormenta. ¿No podría Dios suprimirlo? Por qué Dios lo permite? ¿Por qué?

Señores, no tenemos ciertamente el derecho de exigir a Dios que habiendo hecho las cosas bien y cumpliéndose en ellas su bondad y su justicia, la hiciera de otra manera, y que siendo libre, no usara de su libertad.

Pero, señores, ¿es qué podemos nosotros preguntar siquiera a Dios: ¿por qué? ¿Puede el hombre — que ignora aun las causas de las cosas más pequeñas e inmediatas — responder a esta pregunta ¿por qué Dios ha hecho tal?

No nos ha revelado sus planes; no ha levantado — con la Revelación de los Libros Santos — sino una punta del velo que cubre sus designios misteriosos; son muchos más los por que ignoramos, que los que sabemos. Pero justamente la luz que tenemos sirve para aclarar las sombras; esas verdades que sabemos con certeza arrojan grande luz sobre lo que se nos aparece como un misterio; lo que Dios nos ha revelado por la razón y por la Fe, sirve para

explicarnos lo que ha dejado oculto a nuestra curiosidad.

Ahora bien, señores, nosotros sabemos:

a) Que Dios es justo, bondadoso y perfectísimo;

b) Que Dios nos creó por amor; y

c) Que Dios tiene una providencia del mundo.

De estas verdades no podemos dudar, sin renegar de la Fe y abdicar de la razón. Son verdades que pertenecen al patrimonio común de la humanidad:

a) Dios es bueno, es justo, es perfectísimo; si no, no sería Dios. O Dios existe como ha de ser, esto es, Ser infinito en todas las perfecciones, o no hay Dios, y entonces no tenemos más que hablar. Esta verdad de razón se ilustra para el cristiano en cada página de los Libros Santos, que no cesan de alabar las perfecciones todas de aquel Señor, a quien arcángeles y serafines dicen: Santo, Santo, Santo.

Dios, además, es grande, poderoso, omnipotente. El hombre es débil, no es más que un soplo. ¿Se complacería Dios en aplastarle, en torturarlo? Vosotros no le harías daño a un niño, tal vez ni a una mariposa, y dudaréis de que Dios, si nos toca con su mano, sea para otra cosa que para nuestro bien?

b) Dios nos creó por amor, únicamente por amor. ¡Y si no, ¿por qué nos habríais creado, Dios mío?! Nos crió; somos hijos suyos. Por amor. ¡Oh, Dios mío ¿habéis creado jamás un alma como no fuera para hacerla dichosa? Y si vuestra mano la hace sufrir, ¿no debemos confesar que lo hacéis en vista de un bien, que nuestra pobre ceguera no alcanza a ver?

Nos creó por amor y nos dió el más amoroso fin que podía darnos: la unión íntima, el abrazo eterno entre la creatura y el Creador; pero esta unión, que constituye la realización de nuestro último fin y nuestra verdadera felicidad, no puede realizarse en esta vida, sino que esta vida, es justamente, con la libertad humana, el medio de alcanzar aquella. De aquí procede la tercera verdad:

c) Dios tiene una providencia, es decir,



conserva y dirige el mundo por medio de las leyes naturales, para la realización de su plan universal. Pero, en la actuación de este plan, Dios se sirve de las creaturas, manteniendo aquella subordinación de perfecciones y de fines, que es condición indispensable del orden, y así gobierna a los seres inferiores por los superiores; a los individuos por medio de la colectividad; los hechos particulares, por medio de leyes generales. Entre los bienes comunes a todos los hombres, prefiere lógicamente, los bienes espirituales a los materiales, los religiosos a los profanos, los celestes a los terrenos. En esta gradación armónica, el primer bien es la salvación eterna de la humanidad, y la más alta perfección, la virtud.

¿No dicen hasta los más mundanos que el honor vale más que la vida? Y ¿qué es el honor, sino apenas la imitación de la virtud?

Y eso, que ellos no piensan que con el honor se conquista el cielo.

Por consiguiente Dios dirige sabiamente todo a ese fin; sacrifica a veces el bien inferior al superior, el particular al general, el cuerpo al alma, la vida terrena a la vida inmortal. Todo lleva el mismo rumbo, los ensueños que se desvanecen y los golpes que nos agobian; los toques de justicia y las caricias de su misericordia. Y por el juego alternado de la justicia y de la misericordia, de la severidad y de la bondad, comprendemos que Dios es Padre, Padre en el más grande sentido de esta palabra.

\* \* \*

Señores. De estas tres verdades está seguro el hombre. ¿No nos dicen ellas que el dolor debe encerrar algún bien para la humanidad?

Si sabiendo que Dios es perfecto, que nos ama y que tiene una providencia, todavía el dolor nos parece un misterio inexplicable ¿será porque nosotros los ciegos y duros, o porque Dios se ha equivocado?

Dirás: — “No creo en tu Dios, justamente por eso; porque existe el mal”.

—¿Te parece más clara la explicación de

Schopenhauer, o la de Zaratustra?... Cuando un sistema de verdades es cierto y evidente, ¿dejaremos de aceptarlo, porque tiene un puntito oscuro, mejor dicho, porque tiene un punto que nuestra obscuridad y debilidad no vén?

Cuando el astrónomo Leverrier, en 1846, fundándose en leyes y cálculos ciertos, dijo señalando el espacio negro y vacío:

—“En ese punto debe haber un planeta, que yo no veo, pero que tiene que estar ahí, porque así lo exigen las leyes de la atracción y repulsión de los astros”, habría sido ignorancia e inconsecuencia negarlo. En efecto, pocos días después, el observatorio de Berlín anunciaba haber hallado en el punto señalado, el planeta adivinado por Leverrier.

Tal es, señores, la actitud del que sabiendo que Dios es perfecto, que nos ama infinitamente, y que tiene una providencia, abandona y niega estas verdades, en vez de ver justamente en ellas la explicación del dolor, porque no ve el rol providencial que desempeña en la salvación del hombre.

—No, no está allí el astro, puesto que yo no lo veo, — dice como los que se burlaron de Leverrier; pero tarde o temprano un telescopio más poderoso nos muestra lo que antes no veía la debilidad de nuestros ojos.

En efecto, señores, después de haberos mostrado que Dios no es autor de ningún mal, y que, conforme a otras verdades indiscutibles, si permite el dolor, ha de ser por fines muy altos, voy a probaros ahora que justamente esos fines están a nuestra vista y revelan la admirable economía de Dios.

\* \* \*

A nadie ha atormentado más agudamente el misterio del dolor, que al gran Agustín. Su genio poderoso y su exquisita sensibilidad se sentían vivamente chocados, antes que lo iluminara la luz del Cristianismo, por el espectáculo del mal en el mundo. Y buscando una solución abrazó la herejía de Manes, que no era otra cosa que la supervivencia de la doctrina de Zaratustra. Bien



pronto comprendió su error y a la luz de la religión revelada se aclararon sus tinieblas. "Dios no permitiría el mal — dijo entonces — si no fuese bastante poderoso y bastante bueno, para sacar el bien aun del mal".

Dios, entonces, ha dejado libres las causas humanas y naturales del dolor, únicamente para hacerlas producir un bien; es decir, ha dado al dolor un rol providente que sirva al hombre para alcanzar su último fin; encauzando las aguas torrentosas que el pecado y la libertad han desatado sobre el mundo, las ha recogido en una corriente que sirviera para hacer fecunda la vida, en vez de destruirla. Así los beneficios del dolor han superado con mucho no sólo a sus daños, sino que acaso también a los que se derivarían de la ausencia de dolor.

Estos beneficios del dolor no los ha negado nadie, ni siquiera los más pesimistas. Schopenhauer, olvidado de su hipocondría, habla del "dolor que vivifica", del "dolor que eleva", del "dolor que es condición necesaria del genio".

El tema, señores, es muy vasto. Yo podría exponeros largamente los beneficios religiosos, morales, físicos y sociales del dolor. ¿Quién ha producido las artes, quien ha producido la virtud en ese grado heroico de los santos, quién ha producido el progreso y ha engendrado la caridad, sino el dolor?

A lo menos, permitidme siquiera enumerar alguno de sus roles providenciales:

a) En manos de la justicia divina, el dolor castiga el pecado, purifica y redime al pecador.

¿Podremos dudarlo? Ya hemos recordado antes los innumerables sufrimientos que atormentan el género humano a causa de los innumerables pecados que comete cada día. Pero aparte de estos sufrimientos que son consecuencia natural de una infracción moral, Dios permite que caigan sobre el pecador otros infortunios por tantos y tantos pecados ocultos que en el curso de una larga vida pecadora acumulamos contra la Bondad y contra la Justicia del Creador. Y si según las enseñanzas de la Fe, un solo

pecado de Adán ha desencadenado tal número de desgracias; si por un solo pecado mortal, hay acaso en el lugar de los eternos tormentos, algunas almas, ¿cuándo encontraremos bastante grandes los dolores de la vida, si pensamos en lo que ha sido la nuestra con respecto a Dios?

Cuando el hombre falla, cuando al contacto del mal pierde la pureza de su corazón, Dios le confía al dolor. El dolor se apodera del culpable y le templea en sus llamas para purificarle. Así, al contacto del fuego, vemos al oro desprenderse de la escoria y aparecer brillante y puro en el crisol.

No creo que nadie que tenga conciencia del bien y del mal, acusará por esto a la justicia de Dios. ¡Ah, señores, yo veo en ella hasta un rayo de su infinita bondad: un Dios que no sabe castigar, sería un Dios que no se cuida de nosotros. ¿Y qué valdría ese amor complaciente, al cual no podemos ofender y herir? Y ¿qué nos importaría un cielo, que lo mismo se puede alcanzar con un insulto, que con una oración?

Pero Dios es misericordioso en su castigo, no sólo porque nos justifica con dolores que son inferiores a nuestros crímenes, sino también porque hace de ellos, el instrumento de nuestra rehabilitación. Tratando de castigar, puesto que era necesario, pero queriendo perdonar; haciendo servir el mal para el bien, formó con su justicia y con su amor un suplicio que nos castigara y nos redimiera: formó el dolor. De un patíbulo, hizo un altar.

Tal es, señores, la primera misión providencial del dolor. Por eso siempre los hombres han creído — y con razón — que el más espantoso castigo para un alma pecadora e impenitente, consiste en verse abandonada por Dios, en medio de una felicidad sin nubes. ¡Hay dichas que causan espanto!...

Para ese infeliz mortal se ha cerrado ya la puerta estrecha que conduce a la verdad; es como un alucinado; según la expresión de Cristo, ya recibió en la tierra su herencia. No tiene derecho a más.



b) Todavía el dolor hace un nuevo beneficio en el campo moral sanando y sirviéndonos de preservativo; doma la violencia de las pasiones y vuelve fácil la práctica de la virtud: bajo sus rudos embates el sensual se hace más casto y temperante; el orgulloso más humilde, el iracundo más amable; el egoísta más generoso. Para cuántos hombres el día en que lo postró una largo y dolorosa enfermedad, el día en que vieron derrumbarse su fortuna, o partir para siempre de este mundo al ser amado, fué el principio de su santificación, las vendas cayeron de sus ojos y mientras la tierra parecía hundirse bajo sus plantas, allá arriba, brilló un pedazo de cielo azul. ¿Quién podría contar el número de convertidos que ha dado a Dios el Dolor?

c) Y también preserva. Miles, millares de pecados dejan de cometerse en el mundo, únicamente por miedo a la vergüenza, a la infamia, a la enfermedad, a la prisión, a la herencia, a la pobreza, en una palabra al dolor, que les sigue como consecuencia.

Preserva, como la sal, porque impide que la vida demasiado tranquila y egoísta se convierta en una fuente de pecados. La felicidad, la riqueza, los placeres abundantes tornan orgulloso, egoísta y mezquino al hombre. El dolor sacude de cuando en cuando esas vidas demasiado apacibles, para acercarlas a Dios.

El quiere que nos estrellemos con los muros de nuestra cárcel, para que, hallándola bien estrecha, pensemos en nuestra patria y busquemos su camino. Creados para Dios, nos engolfamos en las cosas naturales, nos hacemos un nido en la tierra al abrigo del viento y de la escarcha, dentro del cual quisiéramos adormecernos en la dicha; en el cual imaginamos una vida sin fin, y cuya perfección consistiría en no morir nunca. Pues bien, sobre ese estrecho nido, en el cual olvidamos nuestro verdadero fin, Dios agita el dolor como una antorcha (Bougaud).

El alma despierta entonces y herida por el infortunio empieza a comprender y a amar. “¡Oh, Dios mío—decía Enriqueta de

Francia, de Escocia y de Inglaterra—gracias te doy por haberme arrebatado tres reinos, si esto sirve para hacerme mejor!”. Y Bossuet, hablando de ella, agrega: “Daba gracias a Dios ¿por qué? ¿por haberla hecho reina? No, señores, por haberla hecho reina desgraciada”.

¿Qué hay, señores, que sea más grande y más santo que espiar el pecado, purificar, redimir, preservar, desligar de la tierra y acercar el hombre al Creador?

d) El dolor ennoblece al hombre aun desde el punto de vista natural; la misma virtud aparece como disminuída si es dichosa, si no está coronada por el dolor.

Las almas que no han luchado, que no han sufrido, que no han conocido las angustias de la batalla, tampoco conocen la embriaguez divina de la victoria!... ¡Ah! Recuerdos gloriosos de las luchas de la juventud! ¡Cómo reviven en el alma vuestras horas estremecidas y dolorosas, vuestras angustias opresoras, vuestras lágrimas escondidas y ardientes... Nos encontramos muchas veces, frente a frente, el mal que quería vencerme, y yo que quería salvarme, y nos fuimos a las manos. Jadeando, acosado por la duda, vacilando hoy, triunfante, a veces, a veces ¡ay! vencido, duró mucho tiempo la lucha; pero cuando al fin caía el enemigo a mis pies; cuando por entre el polvo y la sangre del combate pude sacar mi bandera, mi bandera blanca y vencedora, yo bendecía, señores—como bendigo hoy ante el cielo y la tierra—al dolor y al sufrimiento que me dieron a gustar la embriaguez sublime de la victoria! ¿Y no bendeciremos al dolor que hizo a los héroes, a los mártires, a los santos? ¿Qué quedaría a la humanidad, si le quitáis los frutos del dolor?

“El solo bien que me queda en el mundo—decía Alfredo de Musset—es el haber llorado algunas veces”.

e) El dolor, que es la prueba del amor, proviene del amor.

Dios nos ama con verdadero amor. ¿Tendré necesidad de enseñaros a vosotros lo que es el amor? Pues bien, ese amor grande que tienes tú; ese amor ardiente y celo-



so, más aún, todos los amores de la tierra, no son más que sombra ante el amor de Dios. Y ¿cómo había de ser de otra manera? ¿Acaso el corazón de un Dios sería menos que el corazón de la creatura? Dios nos ama con amor infinito. Si el tuyo, que es finito, pequeño, es tan grande, tan ambicioso tan devorador, tan celoso, ¿cómo será el de Dios? ¿No querías tú que el ser amado fuera todo para ti y para ti solo? Si tu poder igualara a tu cariño ¿no harías tú eso? Pues bien, Dios lo puede, y lo hace por medio del dolor. Esas caricias, esos bienes que te absorben, aun esos afectos puros que a veces te embriagan, causan a tu Dios celos y temores, y te los quita—a pesar de tu dolor—para que te arrojes en El y le ames solamente a El.

Y si Dios no te lo pidiera ¿no lo harías tú por tu cuenta? ¿Cómo probarías a Dios que le amas más que a las creaturas, si no es desprendiéndote de ellas, con una lenta y divina desgarradura de amor?

Allí se encuentra el gran sentido del dolor, el sentido sublime de la muerte. Es el acto de un amor apasionado que trabaja en la belleza de las almas, o que rompe los lazos que le impiden unirse a ellas.

f) El dolor es el obrero de la perfección humana, la condición indispensable del cristiano, la manifestación suprema de la santidad.

“El que quiera venir en pos de mí tome su cruz y sígame”. (Mat. XVI, 24). No puede el servidor ser menos que su Señor, ni el discípulo menos que su Maestro (Mat. X, 24). El Maestro ha tomado sobre sí todos los pecados de los hombres, se ha humillado hasta la muerte y muerte de Cruz. (I Pedro II. 24. y Filip. II. 8).

Entrevisto por los Profetas, antes de venir al mundo, fué llamado “varón de dolores” y en su boca ha puesto la Escritura estas palabras traspasadas: “¡Oh, vosotros los que pasáis por el camino, ved si hay dolor comparable a mi dolor” (Jerem. I. 12).

“El que no lleva su cruz, no es digno de El”. (Mat. X. 38).

Y El ha llamado felices y bienaventurados

a los que lloran, a los que sufren, a los que padecen hambre, y sed, e injusticias, a todos aquellos, en fin, que señalados en la frente por una cruz al nacer a la vida de la gracia, saben llevarla santamente sobre sus hombros toda su vida terrenal. Ser cristiano, en fin, es tener una cruz. Ser santo, es llevarla con resignación y con alegría.

La suprema perfección humana, que es la santidad, consiste en vencerse a sí mismo, esto es, en doblegar y someter al imperio de la Ley de Dios y de los consejos evangélicos, todos esos instintos y pasiones, todos esos anhelos y ambiciones que, buscando siempre su satisfacción, quieren enseñorearse de nuestra vida; y en aceptar con ánimo entero y serenidad de espíritu, los azares y los infortunios de la existencia, agitada por innumerables contratiempos y aflicciones. ¿Y qué es todo esto sino vivir al fuego lento del Dolor? Desde el primero de los Santos, que es Cristo Jesús, hasta el más humilde de ellos, hasta aquellos que le imitaron llevando sobre sus sienes coronas reales y en sus manos cetros de pedrería, tienen aquel título, que es más grande que toda otra humana grandeza, porque sobre sus vidas buenas y generosas pasó, sin respetar ni el manto real, una cruz dura e incansable. La vida de un santo, es la vida de un alma que ha sufrido por Dios y por el prójimo. Si no ¿cómo se probaría que los ha amado?

g) El Dolor es también la fuente de las Bellas Artes, especialmente de la Música. La pintura, la poesía y la escultura hallaron en los más hondos gemidos del alma, la inspiración profunda y altísima que ha grabado en el lienzo y en el mármol, en el verso y en la tragedia, las producciones más bellas del ingenio humano. Ser artista, es ser sensitivo; para hablar al corazón humano en el lenguaje del Arte, es necesario sentir, es decir, sufrir, y sólo entonces, cuando hablamos al hombre con los acentos del corazón, estamos seguros de hablar a la humanidad.

g) El dolor educa y forma el carácter: sólo en la escuela de la austeridad y de la



abnegación, del vencimiento y del sacrificio, se forjan—como en el yunque el acero—los espíritus elevados y fuertes, que saben resistir sin alterarse, lo mismo a los huracanes de las pasiones, a los halagos del poder corrompido, o a las tempestades populares amenazadoras.

¿Por qué la madre representa el carácter más noble que existe en la humanidad? Porque quien dice madre dice dolor, dolor sin límites, dolor abnegado y contenido, dolor infinito, dolor de madre, dolor de María en pie, junto a la cruz...

h) El dolor, ha engendrado esa noble virtud cristiana—que desconoció el paganismo y que imita el mundo moderno bajo los nombres de beneficencia y filantropía—; ha engendrado la caridad. La caridad nació junto al dolor, al oír sus gemidos, al sentir sus penas, al mirar sus llagas, y se acercó temblando para ofrecer al que sufre junto con el alivio de sus pesares, el lenitivo más precioso y augusto de los afectos del corazón; que la caridad no es la moneda ni el mendrugo de pan que se da al menesteroso, sino el dolor compartido por otra alma que hace suyos los sufrimientos de su hermano.

El mismo Dios, señores, se ha ennoblecido con el dolor. Como si envidiara al hombre su facultad de sufrir y de morir por los seres amados; como si encontrara que había en nosotros un género de hermosura que no estaba en El, descendió de los cielos y se hizo hombre para poder sufrir, y elevó la inmensidad de su sufrimiento a la altura de su amor... Así, Dios que es superior al hombre en todo, le superó también en esto que parecía un atributo y una debilidad humana, y se cubrió con la gloria de una inmolation superior a la suya.

i) El Dolor, en fin, salva a la humanidad, porque, según el dogma de la comunión de los santos, ningún sufrimiento es estéril, sino que aprovecha a todos los hermanos en Cristo, y el dolor de los justos, de los santos, aquellos dolores que no vienen a expiar un pecado, sino a purificar y a elevar a un grado altísimo, a un alma santa, redimen a la humanidad, ahuyentan con su perfume

el hedor de los crímenes de los hombres y purifican con sus lágrimas el torrente de las iniquidades.

“Ese hombre que no ora jamás, que no ofrece homenaje alguno a su Creador, que le contrista, que acaso le insulta, ¿sabéis por qué no es castigado? Es que a su alrededor hay niños que ruegan; inocentes que sufren, una mujer que llora, seres queridos que poniendo en uno de los platillos de la balanza, sus dolores y sus virtudes, sirven de contrapeso a los pecados que él pone en el otro.

Y si los pueblos subsisten, si esas grandes usinas del mal no se hunden con el peso de la iniquidad, es porque hay entre ellos expiaciones voluntarias, almas que sufren y que se sacrifican por amor... No, ningún dolor es estéril; no podía serlo jamás, desde el día en que de un dolor divino e infinito, brotó la redención de la humanidad y nos permitió asociarnos con nuestros dolores, al dolor del Hijo de Dios.

Tal es la fecunda, la admirable, la providencial misión del Dolor en el mundo. Atraído por el hombre sobre la tierra, Dios lo ha tomado entre sus manos y lo ha divinizado; ha hecho con él lo mismo que hizo con la cruz: era un instrumento vergonzoso de suplicio y lo transformó en el emblema del amor sin límites, del dolor que redime y de la salvación humana. Y así como desde entonces la humanidad ha venerado la cruz, ha habido almas también que han amado el dolor, que han buscado el sufrimiento para purificarse, para parecerse a Cristo, para padecer con El y decir con S. Pablo: “No soy yo quien vive, sino Cristo que vive en mí”.

“¡Cosa extraña!—exclama un autor—Todas las religiones han hecho adorar la felicidad, sólo el Cristianismo hizo adorar el Dolor!... Desde entonces el siervo golpeado por su amor, se dijo: “El fué flagelado”; el pobre padeciendo hambre y frío en su choza, se dijo: “El nació en un pesebre y cuando tuvo sed no le dieron sino hiel y vinagre”; el rey conducido al cadalso, ahogando el grito de sesenta generaciones de re-



yes, extendió como El sus manos para que fueran atadas; el cristiano corrió lleno de alegría a desafiar la muerte, y el religioso a quien el mismo Jesús preguntó qué deseaba en la vida, respondió: "Padecer por Ti".

"¡Quiero sufrir! quiero morir por tu amor!" **Cupio dissolvi et esse tecum**... Hemos llegado a la cumbre, señores.

A la cumbre. Sobre ella está el símbolo del Dolor supremo, del Dolor que redime a la humanidad, del Dolor que purifica las almas y las hace lo que todos debemos llegar a ser: otro Cristo!

\* \* \*

Pero, ¿Dios no podía lograr todo esto, de otra manera? Sin duda: el número de las posibilidades de Dios es infinito... ¿No podía salvarnos suprimiendo las causas del dolor y por tanto, el dolor mismo?

No somos jueces de Dios; ya hemos visto que El no ha hecho otra cosa que sacar un bien, del mal que el hombre ha atraído sobre sí. El Dolor es consecuencia del pecado; el pecado es fruto de la libertad humana. ¿Sería mejor suprimir la libertad...? Pero la libertad así como es causa del pecado de algunos y hasta de su condenación, es causa de los méritos de los demás y de su salvación eterna. Sus beneficios son mayores que sus daños. ¿Que es causa del Dolor?... Pero también hemos visto que el Dolor produce grandes bienes y eleva al hombre a un grado de perfección que nadie desconoce. Ser libre ¿no es la más noble prerrogativa que el Creador ha concedido al hombre?

Tal sería también suprimir la sociedad, o cambiar las leyes naturales del universo, porque a su vez son fuentes de dolores para los mortales. Los beneficios de todo orden—y particularmente de orden moral—que estas cosas nos reportan, son mucho mayores que sus daños, y por sobre todos estos, aunque fueran mil veces más de lo que son, está el único bien verdadero: la perfección moral del alma, la salvación de la humanidad, que no sólo no se impide con ellos, sino que se facilita. ¿Con qué derecho pediríamos a Dios otros medios para

salvarnos, si los que nos ha dado conducen adecuadamente al fin?

¡Ah! señores, demos gracias a Dios que se ha dignado llamarnos a una felicidad infinita igual a la suya y que todavía ha querido asociarnos a la obra de su bondad, haciendo que nosotros mismos pudiéramos conquistar y merecer, en cierto sentido, nuestra dicha eterna. Y dejándole al hombre la triste posibilidad de apartarse de El por el pecado, le ha permitido volver sobre sus pasos por el camino del Dolor....

Yo podría terminar aquí, señores, puesto que he explicado ya la presencia del Dolor en el mundo y su importante y bienhechora misión en la salvación del hombre; pero aún tengo una palabra que agregar, una palabra que no dejará de ser un consuelo más para las almas que sufren y es ésta: Dios no nos prohíbe buscar alivio a nuestros pesares, sino que al contrario, El mismo nos ha mandado amarnos y consolarnos los unos a los otros y hallar en las dichas secretas del corazón, un refugio contra los azotes de la tempestad.

No nos prohíbe el íntimo desahogo de nuestras lágrimas, que el Hombre-Dios vertió también sobre la visión de los dolores de su patria y ante los sollozos de un corazón de mujer, afligida por la muerte de su hermano. Nos permite llorar, y pedir al cielo, con los acentos del Hijo del Hombre, que aparte de nuestros labios, el cáliz de la amargura.

Más aún, nos permite luchar contra el dolor, contra el sufrimiento, contra la enfermedad y hasta contra la muerte; y de esta lucha esforzada y secular han brotado las ciencias, las industrias, las artes y el progreso que hacen cada día más fácil y confortable nuestro camino sobre la tierra, y esas nobles virtudes del trabajo, la beneficencia y la caridad, que lo hacen amable y fecundo.

La Religión nos muestra y bendice las grandes alegrías que no faltan en ninguna existencia, por miserable que sea; y esas horas dichosas—que son sin duda demasiado breves para nuestro deseo—proyectan



su dulce claridad y su recuerdo sobre buenos trozos de nuestra jornada.

Pongamos nuestros ojos en lo mucho que hemos recibido, y veremos que aun nos queda bastante de nuestro tesoro... Mientras nosotros ponemos nuestra felicidad en las cosas que nos faltan, hay otros que la ven en una sola de las que poseemos...

Finalmente, señores, la Religión nos da el más grande consuelo recordándonos siempre y a cada momento que esta vida no es la Vida, que esta luz no es la Luz, que "no tenemos aquí lugar estable y duradero", sino que más allá del mar amargo de nuestra vida, después de esta peligrosa navegación, se abre, amplio y luminoso, el puerto seguro de nuestra inmortal felicidad.

...Y después de haber sufrido veinte o treinta años, señores; después de haber bebido el cáliz de todos los sinsabores humanos y de haber sentido caer sobre sí los golpes de todos los infortunios, cuando el alma purificada y engrandecida por el Dolor, mira hacia atrás y comprende—en la hora postrera, entre la tierra que desaparece y la Eternidad que se abre—el verdadero significado de la vida, exclama como el poeta moribundo, haciendo justicia a Dios y al Dolor:

"Muy cerca de mi ocaso yo te bendigo,  
[oh vida!

porque nunca me diste ni esperanza fallida,  
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;  
porque veo al final de mi rudo camino  
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;  
que si extraje la hiel o la miel de las cosas,  
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabro-

[sas:  
cuando planté rosales, coseché siempre  
[rosas.

...Cierto, a mis lozanías va a seguir el  
[Invierno;  
más, tú no me dijiste que Mayo fuese eterno;  
hallé sin duda largas las noches de mis  
[penas  
mas, tú no me prometiste sólo noches se-  
[renas!

...Amé, fui amado, el sol acarició mi faz..  
Vida, nada me debes! Vida, estamos en paz"  
(Amado Nervo)

Tales son los acentos que puede dictar la Religión cristiana al corazón que ha sufrido, aun antes de que éste halle la recompensa celestial de sus dolores. ¡Cuáles serán los acentos de inmenso júbilo, de alegría inexpressable y de conmovida gratitud con que las almas de los bienaventurados alaban a Dios en el cielo y bendicen los sufrimientos que tuvieron en la tierra, transformados ahora en una felicidad eterna!

Prof. Oscar Larson, Pbro.

# "VERDAD"

PUBLICACION QUINCENAL  
ORGANO DEL PENSAMIENTO CATOLICO

Colaboran: Carlos Silva Vildósola, Ricardo Boizard, Oscar Larson, Eduardo Frei, Dr. Julio Santa María, Luis Barrantes Molina, Manuel Larrain, Dr. Ignacio Matte Blanco, Carlos Rosan, Dr. Arturo Droguett del Fierro, Enrique Soianich, Manuel Marchant Herrera, etc.

HUMBERTO PINTO DIAZ,  
Director.



# El origen de la veneración de los santos

Por Paul Bøegner S. J.

Una de las más interesantes tareas de la historia, tanto de la profana como de la eclesiástica, es la investigación de los orígenes de los grandes movimientos y manifestaciones, como, cual tierno brote salen del seno de la tierra, para alzarse poco a poco, a buscar la luz y brindar finalmente frutos y sombra a la humanidad.

También la veneración de los santos, que en la actualidad ocupa un lugar tan primordial en la vida de la Iglesia, no apareció de repente como una formación acabada. De orígenes insignificantes creció, como el grano de mostaza del Evangelio, hasta desarrollarse en un magnífico árbol. Su desenvolvimiento histórico será el objeto del presente trabajo.

Como en todas las cosas, sería también en este caso equivocado intentar combinar hechos históricos para llegar al fin deseado. Así, por ejemplo, creen especialmente muchos protestantes que la idea de la mediación entre Dios y los hombres haya inducido a la Iglesia a inventar la veneración de los Santos. Otros quieren ver en ella una reaparición de las creencias paganas en una multitud de dioses y semidioses. Pero con la ayuda de una investigación histórica imparcial quedan refutadas tales conceptos.

La veneración de los Santos no es ninguna recaída, conciente o inconciente, en los usos paganos, ni mucho menos una invención del clero. No es un elemento extraño, ingertado en el árbol de la Iglesia. Al contrario, llena de vida y vivificadora brotó de enmedio del pueblo cristiano y aquellos que primeramente la practicaban, no se dieron ni siquiera cuenta de que crearon algo nuevo. Era un producto del espíritu cristiano unido a las costumbres populares greco-romanas.

## 1.—La Semilla

Ya en el pueblo judío se tenía en la mayor estimación a los grandes hombres de los tiempos pasados y también en los libros de nuevo Testamento encontramos constantemente recuerdos en este sentido de los Patriarcas y Profetas. Acostumbrábase a presentarlos como preclaros ejemplos. Los cristianos desde un principio tuvieron sus nobles y genuinos representantes: los mártires, aquella intrépida legión que dió su vida por Cristo y que regó con su sangre el grano de mostaza del Evangelio. Los mártires eran el objeto de la veneración de los primeros cristianos, el martirio su aspiración suprema y su ideal. Así lo podemos leer en muchos documentos de la Iglesia primitiva. Por esto bien podemos señalar el alto concepto de los primeros cristianos por el martirio como la semilla, de la cual se desarrolló con el tiempo, la veneración de los Santos.

Naturalmente, tal como el drama sangriento de Gólgata en un principio sumergió a los apóstoles en tristeza y perturbación, así también habrá sido la primera impresión del martirio, terrorífico. Amargas lágrimas regaron las tumbas de los mártires, pero, llenos del Espíritu Santo, los primeros cristianos descubrieron luego la sublimidad y el fausto de la muerte por Cristo, a igual como los apóstoles: "gozosos porque habían sido hallados dignos de sufrir ultraje por el nombre de Jesús" (Act. Ap. V. 41). "Más y más se llegó a comprender el sentido de las palabras de Cristo: "Dichoso seréis si los hombres por mi causa os maldijeren y os persiguieren y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos" (Mat. V. 11-12). "Quien quisiera salvar su vida, la perderá; pero, al



contrario, él, que perdiera su vida por amor a mí, la pondrá en salvo." (Luc. IX, 24). Nadie comprendió más profundamente estas palabras del Señor como San Pablo, al escribir a los Filipenses: "Porque mi vivir es Cristo y mi morir también, y es una ganancia mía... tengo deseos de verme libre de estas ataduras del cuerpo y estar con Cristo, lo cual es sin comparación." (Filip. I, 21, 23). ¡En qué términos tan sublimes habla San Juan (desde el ostracismo a causa de la fe), en el Apocalipsis, de los mártires y de su gloria, cómo están vestidos con vestimentos albos, llevando palmas en sus manos! ¡Así apreciaron los primeros cristianos el martirio!

En términos semejantes a los de los apóstoles, se expresaron los padres apostólicos. Para ellos el martirio es el mejor camino hacia Cristo. Escuchemos lo que dice San Ignacio de Antioquia en sus epístolas a los Romanos: "Yo escribo a todas las Iglesias y declaro que moriré gozoso por Dios, si vosotros no me lo impedís. Yo os conjuro a no demostrarme un afecto indebido. Dejád que yo sea pasto de las bestias, por las cuales me será concedido ganar a Dios. Yo soy el trigo de Dios que será triturado entre los dientes de los animales, para ser convertido en puro pan de Cristo... Entonces seré yo verdadero discípulo de Cristo, cuando el mundo ya no verá mi cuerpo. ¡Ojalá que caiga yo víctima de las bestias que me están destinadas! Yo las azuzaré si no hacen caso de mí. Perdonadme estas palabras, pero yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser un discípulo. Nada visible ni invisible cautiva mi espíritu, con tal que gane a Cristo." (Epístola a los Romanos c. 4 y 5).

¿Puede imaginar nuestra mente pensamientos más sublimes sobre el Martirio?

Las pocas noticias que han llegado de los primeros tiempos de Cristianismo a nosotros, abundan siempre en los mismos términos. Hermas escribe, alrededor del año 150, con la mayor estimación, de los mártires, viéndolos coronados, en puestos de honor en el cielo." Aquellos que sufrieron por

la fe están en alta estima ante Dios y sus pecados son perdonados" (Parab. 9.28) Conceptos idénticos encontramos en los escritos de Justino.

De la convicción que el mártir sube derecho al cielo nació la más sublime de las ambiciones que conoce la historia. Era natural que la gran estima que se tenía por el martirio, se exteriorizará en el culto que se rindió a los mártires.

## 2.—Los primeros brotes

La semilla —, como tal consideramos en el acápite anterior el concepto de los cristianos por el martirio —, da señales de vida, empieza a brotar. Tal como la planta para su desarrollo asimila cuantas materias apropiadas encuentra en la tierra que la rodea, así se apropia el sentimiento cristiano todo lo que resulte útil para sus fines, de las costumbres de los pueblos. Las primeras señales de veneración externa de los mártires se manifiestan en los homenajes que la familia cristiana rinde a sus sepulturas.

El mundo greco-romano conocía y practicaba variadas y permanentes honras a los difuntos. Naturalmente no podían ni debían los cristianos adoptar todas estas costumbres. Lo que tenía olor a idolatría fué rechazado terminantemente. Así escribe Justino (Apología I. 24): que los cristianos no ofrendaron a los difuntos ninguna especie de holocaustos u oblaciones. Otras costumbres, sin embargo, se conservaron, dándoles un significado cristiano. Rezaban por los moribundos (Tertulian; de ánima 15. 11), celebraron ágapes en su honra y rociaron con aceites fragantes las sepulturas. A igual como sus compatriotas paganos, se reunieron también los cristianos en determinados días alrededor del sepulcro, para orar por el alma del difunto. Fueron estos días el tercero, el noveno, el trigésimo y el cuadragésimo después del entierro. Según la **Constitución Apostólica**, se dió a esta costumbre un significado cristiano: "El tercer día debe celebrarse con canto de salmos,



lecturas y oraciones en recuerdo de Aquel que resucitó al tercer día; el cuadragésimo, a ejemplo de los antiguos, pues así lloró el pueblo a Moisés, y finalmente el aniversario en memoria del muerto." Las llamadas Actas de San Juan, que datan del siglo dos, aunque apócrifos, nos dan una idea de los usos de entonces y prueban que en tales ocasiones se ofreció la Santa Misa. Tertuliano (de monogamia X) exhorta a las viudas a rezar por el descanso del alma de su esposo y a ofrecer la Santa Misa en el aniversario de su defunción. En otra parte (de corona 3) dice: "Cada año, en el día de su defunción, ofrecemos holocaustos por los muertos".

Pero ¿qué tienen que ver todas estas cosas con nuestra cuestión de la veneración de los santos? Bien, tomemos el caso que el difunto, en cuya memoria los fieles se reúnen junto a su tumba, haya sido un mártir. ¿No debían entonces cambiar enteramente de carácter, ya que los primeros cristianos estaban convencidos de que el mártir ya se hallaba en el cielo y que por consiguiente no necesitaba de las oraciones? No era ni siquiera razonable rezar por el mártir, que ya se hallaba unido a Cristo e investido de los más altos honores en la otra vida.

Sin duda, las oraciones debían cambiar en este caso completamente de carácter, debían transformarse en súplica para que el mártir rezase por los suyos y los protegiese. Como primitivamente a estas reuniones junto a las sepulturas sólo asistieron los deudos, no es de extrañar que de estos principios de la veneración de los santos apenas se hayan conservado anotaciones. Solamente las inscripciones sepulcrales, muchas de ellas antiquísimas, pueden servirnos de guías. Las inscripciones paganas, aunque redactadas muchas veces en términos idénticos, dejan indefectiblemente la impresión de honda tristeza, mientras las cristianas rebozan de esperanza, de confianza y de fe. El ambiente de la más profunda paz rodea las tumbas cristianas.

Así podemos leer en una lápida: "Vicencia in pace, petas pro Phoebe". (Vicencia, que descansas en paz, ruega por Phoebe).

"Gentianus, fidelis in pace, in orationis tuis roges pro nobis, quia scimus te in Christo." (¡Oh fiel Genciano, que descansas en paz, acuérdate en tus oraciones de nosotros que te sabemos en la paz de Cristo.) "Vivas in pace et pete pro nobis." (Que vivas en paz y ruega por nosotros). "Aquí yace Roma. Ruega por tus niños, oh Roma, y por tu esposo".

Muchas veces se puede observar que estas frases, tan llenas de sentimientos, están grabadas por manos torpes en la blanca piedra. No es raro encontrar inscripciones en el lenguaje popular. ¡Cuánta confianza había en ellos en la suerte feliz de la que gozan estos muertos! No es de extrañar que el aniversario de la muerte junto a la tumba, se transformara para los asistentes en un día de santos recuerdos que los llenaba de regocijo. Aquí cobra la familia nuevos alientos y se recomienda al deudo que ya está con Cristo. Las rústicas inscripciones, inventadas por la sencilla fe del pueblo, contienen ya las características esenciales de la veneración de los santos: la certeza de su bienaventuranza y la invocación de su protección.

### 3.—Extensión del movimiento

Si bien al principio sólo los parientes practicaban el culto de los Mártires, esto toma luego formas más amplias, desde que la comunidad se encarga del cuidado de sus tumbas. Estando en la cárcel, los santos confesores gozaban ya de la simpatía de todos los fieles, se los visitaba, en cuanto era posible, se los honraba, se les prestaba la ayuda que se podía; si un renegado quería volver al regazo de la Iglesia, la recomendación de los confesores (1), era la más valiosa ayuda para él. El confesor adquirió carácter de gran personaje, era el orgullo y la honra de la comunidad.

(1) Se llamaba confesores a los que habían sufrido prisión, tormento u otro castigo, por ser cristianos.



Si todo este vale de quien aún no había pasado por la prueba suprema, cuánto más de aquellos que con su sangre habían dado testimonio de su fe en Cristo. Efectivamente encontramos ya en la mitad del siglo segundo, en el Oriente, el culto de los principales mártires, en pleno auge. La prueba principal nos ofrece la "Historia del Martirio de San Policarpo" que en todos tiempos ha sido considerada auténtica, hasta de parte de la crítica contraria. Data del año 156 y nos da valiosos datos referentes a la veneración de los mártires de parte de los fieles.

Todavía completamente bajo la impresión de la muerte de su Obispo-Mártir Policarpo, describe la Iglesia de Smirna a "todas las Iglesias del orbe católico" el desarrollo de los acontecimientos. Así leemos como las autoridades ordenaron quemar los restos del santo, para evitar de este modo que "los cristianos se los lleven para adorar a Policarpo y olvidar a Cristo." "No comprenden", — continúa el relato, — "que no podemos dejar a Cristo, ni rendir culto divino a otro. Pues a El lo adoramos por ser Hijo de Dios. A los mártires, en cambio, tributamos el afecto que les corresponde como discípulos e imitadores del Señor y por su incomparable devoción al propio Rey y Maestro". El capitán de las tropas hizo quemar el cadáver y de este modo llegamos en posesión de restos mortales que para nosotros valen más que piedras preciosas y oro, los cuales hemos sepultado en un lugar apropiado. El Señor nos concederá reunirnos allá con júbilo y gozo para celebrar el día de su martirio... Alcanzó la corona de la inmortalidad y glorifica junto con el coro de los Apóstoles y de todos los justos, al Padre y a su Hijo Jesús. (Passio Polycarpi 17-19). Este pasaje nos prueba que ya, a mediados del siglo segundo, la Iglesia del Oriente practicaba la veneración de los Mártires. Orígenes escribe (De oratione 14): "Súplica y acción de gracias se puede sin vacilar dirigir a los Santos" y (16 in Josue) de ha-

ber oído de un antiguo maestro que los Mártires luchan para nosotros y nos ayudan con sus oraciones.

En la Iglesia occidental no tenemos pruebas tan precisas de aquella misma época. Recién San Cipriano habla en términos claros sobre este punto al exhortar a sus sacerdotes a anotar el día de la muerte de los mártires, para que se pueda celebrar su aniversario, (Epístola 12). Recomienda también a los fieles la invocación de los Mártires, ya que ellos pueden con sus ruegos obtenerlo todo del Señor. (Epístola 37).

¿Y como se acostumbraba celebrar el aniversario de los Mártires? De los tiempos de la persecución poco sabemos al respecto. El punto principal era el Sacrificio Eucarístico, como lo prueban las ya mencionadas Actas de San Juan, Tertuliano, Cipriano y los "Canones Hippolythi". La lectura de las actas del martirio formaron, al parecer, también parte del servicio religioso. Esta suposición sugieren las **Actas Proconulares** de los Mártires Scilitanos, que terminan con una oración. Leemos allí: "Los cristianos conservan sus restos secretamente para gloria de Cristo y en loor de sus Mártires, pues a El le corresponde honor y potestad, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos, Amén." La "Oratio ad Sanctorum coetum" de Eusebio nos describe de este modo el aniversario: "Se cantan salmos e himnos a Aquél que todo lo ve, se celebra la Eucaristía en memoria de esos hombres. En vano se buscará incienso y hogueras. Hay allí solo una llama purísima que basta para los que oran. A veces termina la fiesta con una sencilla comida para los pobres y desgraciados".

Todo se llevaba a cabo con la mayor sencillez. Las reuniones junto a los sepulcros podían verificarse también en tiempos de persecución. Tales reuniones eran una costumbre popular también entre los paganos y por consiguiente no llamaban la atención. Pero poseemos datos según los cuales en



ciertos tiempos estaba prohibido a los cristianos bajo pena acercarse a las tumbas.

Después en tiempos de paz podía celebrarse las fiestas de los Mártires con toda libertad. Entonces el aniversario llegó a ser un acontecimiento de alegría para toda la comunidad. Se invitó a predicadores notables para que hablasen en estas ocasiones. De este modo se han conservado muchos sermones de los Padres de la Iglesia. Había necesidad de ampliar los lugares que daban acceso a las tumbas y luego se construyeron Iglesias y hasta Basílicas encima de las de los más famosos mártires.

#### 4.—Extendido el culto por toda la Iglesia

El árbol de la veneración de los Mártires, brotado en el seno de las familias Cristianas tomó desarrollo en las diferentes comunidades hasta extender sus ramas sobre toda la Iglesia. En el siglo cuarto encontramos por primera vez dos aspectos nuevos de nuestro tema: la "Inventio", es decir, el descubrimiento de tumbas de mártires, hasta entonces olvidadas y la "Translatio" y la "Depositio Martyrum" o sea el traslado de las reliquias a otras partes. En los traslados se adelanta nuevamente el Oriente al Occidente, especialmente por existir en el Occidente leyes severas contra la exhumación de cadáveres. A mediados del siglo cuarto se llevó los restos de San Babilas de Antioquía a Daphne, a fin de crear allá un contrapeso cristiano contra el oráculo pagano.

Para que Constantinopla no desmerezca en comparación con Roma, que poseía tantos Mártires, se trasladaron muchos restos a la capital del Oriente. San Jerónimo habla en su escrito contra Vigilancio Cap. 5 del traslado solemne de los restos del Profeta Samuel de Palestina a Constantinopla. Obispos llevaron los restos, envueltos en oro y seda. Por donde pasaban, todo el mundo se ponía en movimiento para acompañarlos, de modo que el trayecto parecía una continua procesión. No fueron solo los grandes centros del cristianismo los que aspiraban la posesión de tales reliquias; también pue-

blos pequeños las solicitaban y si no era posible de obtenerlas íntegras, se contentaban con partes. Hasta los mismos fieles buscaban como ponerse en posesión de tan apreciables recuerdos.

Como ya dijimos, el Oriente se mantuvo más discreto en este punto y al principio y durante largo tiempo, no se encontraba allí sino los paños depositados sobre las tumbas. Pero luego los Orientales mandaron como pruebas de especial aprecio, reliquias al Occidente. El día de la llegada se celebraba con mucha pompa, anotando el nombre del Mártir en el propio Martirologio del lugar. Así aconteció que en muchos lugares se celebraban fiestas de un mismo Santo, pero en diferentes fechas.

El deseo de poseer reliquias de Mártires tenía por consecuencia una afanosa búsqueda de sepulturas olvidadas. Por todas partes se las encontraba, aunque no siempre resultasen auténticas. Muchas veces la autenticidad fué probada por milagros, de los cuales han dejado constancia fehacientemente los Padres de la Iglesia. Famosa es la invención de los santos Gervasio y Protasio por San Ambrosio, en el Occidente; en el Oriente de San Estéban y de los 40 Mártires de Sebaste. Sus fiesta se anotó como "Inventio" en el Martirologio. La Iglesia procede con mucha cautela en el reconocimiento de mártires encontrados. Ya en tiempos antiguos, no se veneraba sino a aquellos que por el Obispo eran calificados como dignos de culto (*martyr vindicatus*); un Concilio en Africa exhorta, en 401, a los fieles, a la prudencia en este sentido. Sólo debería tolerarse lo que estaba probado por una tradición insospechable. "Si algunas personas, a raíz de sueños o revelaciones vanas erigen altares en honor de alguien, merece esto la más absoluta desaprobación. Por el traslado y la invención de sepulcros de Mártires, el culto de estos se generaliza en la Iglesia.

#### 5.—Nuevas flores

Faltaba sin embargo, un punto importante en la veneración: la admisión en el regis-



tro de aquellos de los santos, que no eran Mártires. En un principio, el honor de los altares era concedido únicamente a quienes habían derramado su sangre por Cristo. Desde el siglo cuarto, aparecen entre los Santos también los confesores y las vírgenes.

Ya San Cipriano había afirmado que no era el golpe mortal lo más importante en el Martirio, sino la disposición del alma que capacita para sacrificar la vida. Heroica grandeza del alma no es un privilegio exclusivo de los mártires. Ya Orígenes estaba convencido de que no sólo los mártires, sino también los Angeles, las virtudes celestiales, los hombres justos, los profetas y los apóstoles interceden ante Dios por los hombres (Homil. 24 in Núm. I).

En el año 350 aparece toda una graduación de santos en la Santa Misa. San Cirilo de Jerusalem dice: "Primero hacemos memoria de los patriarcas, en seguida de los profetas, apóstoles y mártires, para que Dios por sus ruegos y por sus méritos escuche nuestras súplicas" (Catech. myst. 5.9). Parece que los primeros confesores (no mártires) que fueron inscritos en el martirologio, fueron Obispos que habían sido perseguidos a causa de la fe, como por ejemplo: San Antanasio y San Crisóstomo, pero antiguamente no se celebraba sus fiestas con la misma solemnidad que la de los mártires. Sólo a fines del siglo cuarto desaparece la diferencia. A los Obispos siguieron después los hombres y las mujeres justas del Nuevo y Antiguo Testamento, aunque no existiesen reliquias de ellos. Los últimos en recibir culto público fueron las vírgenes y los grandes ascetas. Sabemos de San Antonio, abad, quien dispuso que sus amigos le enterrasen secretamente para evitar se le rindiera culto después de su muerte. En honor de San Marciano se erigieron ya en vida capillas.

## 6.—La consumación

A principios del siglo quinto la veneración de los Santos está extendida por toda

la Iglesia. Las ciudades más ricas en tumbas de mártires eran Roma y Antioquía. Iglesias y capillas en honor de Santos y de Mártires se encontraban en los oasis de los desiertos, en la Babilonia, en Arabia, en Lidia, en las islas del Mediterráneo, en el Balcán, en Britania, en la Galia y en España.

San Jerónimo nos describe, en su libro contra Vigilancio que ya hemos mencionado, a grandes rasgos, la veneración de los Santos en sus tiempos. De día y de noche arden velas en las basílicas y sobre las tumbas de los santos; los fieles se preparan con solemnes vigiliias para sus fiestas. Se montan sus reliquias en oro y plata y se las besa respetuosamente. Emperadores y Obispos consideran un honor llevar los restos de los Mártires en las procesiones y multitudes innumerables les siguen llenas de santo entusiasmo. El Obispo de Roma celebra el Santo Sacrificio de la Misa sobre las tumbas de los príncipes de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo, y los Obispos de todo el orbe siguen su ejemplo sobre los restos de los Mártires de sus Iglesias, pues se tiene aquellas tumbas por altares de Cristo. Tan grande es el respeto para con los santuarios de los Mártires, que San Jerónimo sólo penetra a ellos lleno de santa emoción y las evita cuando una culpa oprime su alma.

En forma aún más brillante describe San Paulino de Nola, en sus poesías, las fiestas de los Santos. Pero llevaría muy lejos citar los testimonios de todos los Padres de la Iglesia. Sólo queremos reproducir un pasaje de Teodoreto, que, al leerlo, parece escrito en los tiempos actuales: "Se pide a los Santos la conservación de la salud, o también la mejoría en alguna enfermedad. Los que no tienen prole, la piden a los Mártires. Los viajeros piden su protección, y vuelven a sus hogares, dan las gracias. No se los invoca como a Dioses, sino a hombres dedicados a quienes se pide su intercesión. Los exvotos prueban que las oraciones han sido atendidas y al mismo tiempo dejan constancia del carácter: de la dolencia: así



se ven ojos, pies, manos de oro o de madera." (Graec. Affect. cur. 8.63).

Innumerables pruebas tenemos en los escritos de los más legítimos representantes de la Iglesia, de la forma en que se practicaba la veneración de los Santos y sólo citaremos algunas de las más importantes: Con toda energía desmiente San Jerónimo la afirmación de que los cristianos adoraban a los santos: "Así como no rendimos culto divino a la luna, las estrellas y a los ángeles, así tampoco a las reliquias de los santos. Honramos a los siervos, para que la honra tributada a ellos repercuta en el Señor." (A Ripuarius I.). Y al invocar en la Iglesia a los santos, bien lo sabemos que por encima de los coros de ellos y de los ángeles, está el Señor, como dice Epifanio: "Hacemos memoria de los justos, de los padres y de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles, de los evangelistas y de los mártires, de los confesores, de los obispos, de los ermitaños, para rendir de este modo a nuestro Señor Jesucristo la honra que exclusivamente le corresponde... Entonces tenemos presente en nuestro espíritu: no podemos equiparar al Señor con ninguno de los mortales, aunque poseyera una santidad centuplicada." (Adv. haeres Panar. 75.8). Ninguno de los Padres de la Iglesia habla en forma tan clara y tan precisa sobre el espíritu de la veneración de los Santos como San Agustín, cuyas palabras contra Fausto citamos aquí como última prueba: "El pueblo cristiano celebra con una solemnidad religiosa el aniversario de los mártires, para estimular a los fieles a imitarlos, para participar de sus méritos y para conseguir ayuda por su intercesión. Los altares no los levantamos en honor de los mártires, sino en honor del Dios de los mártires, aunque en memoria de estos últimos. ¿Cuál es el obispo que haya dicho al celebrar el sacrificio en presencia de sus reliquias: sacrificamos a tí, Pedro, o Pablo, o Cipriano? Nuestro sacrificio es para Dios

que ha coronado a los Mártires... pero con aquél culto, que en griego se llama: "Latreia", veneremos sólo a Dios, siendo esto además nuestra doctrina. En el idioma latino no tenemos ninguna palabra para señalar un culto exclusivamente divino equivalente a la voz griega". (Contra Faustum 20, 21).

Este es el origen de la veneración de los santos, el producto de un movimiento que se ha desarrollado en el seno de la Iglesia de los principios cristianos y de las costumbres del mundo antiguo. Ya a fines del siglo cuarto este movimiento se encuentra en todo su apogeo y extendido por toda la Iglesia.

Desde entonces, el culto de los santos ha seguido su desarrollo: ha tomado formas cada vez que variadas, aunque en su fondo nada de nuevo ha sido agregado. La Iglesia ha estado vigilando en todo tiempo para que no se introduzcan abusos. En todo el mundo se levantaron magníficos templos encima de las tumbas de los mártires. Maravillosamente se cumplió la visión apocalíptica de San Juan: "Después de esto vi una grande muchedumbre, que nadie podía contar, de todas las naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas: que estaban ante el trono y delante del cordero, revestidos de ropajes blancos y con palmas en sus manos." (Ap. 7.9).

Cada año se presentan nuevos Santos a los fieles para la veneración e imitación. No hay día del año que no tenga sus santos, no hay estado de la Iglesia que no tenga representantes entre ellos. Todos los católicos tenemos un patrono de enmedio de ellos.

Así crece y florece constantemente este árbol maravilloso del culto de los Santos y seguirá creciendo hasta el fin de los tiempos, hasta que todos los fieles cuenten entre sus flores y frutos, hasta que en el paraíso, se haya transformado en el verdadero árbol de la vida.



# Los últimos tiempos

Según el original alemán del P. Gregorio. von Holtum, O. S. B.

*El presente artículo lo publicamos por el interés que tiene como «estudio», aunque no participamos del todo de las apreciaciones del autor.*

Desde el punto de vista exegético, no cabe duda que San Pablo se refiere al fin del mundo al escribir a los Tesalonicenses, en la Epístola 2.ª, cap. 2-3: "Y no os dejéis seducir de nadie en manera alguna: porque no será, sin que antes venga la apostasía, y sea manifestado el hombre del pecado, el hijo de la perdición". Del mismo modo debemos dejar establecido, que el Apóstol habla aquí de algo que precede a la venida del Anticristo. La apostasía, de la cual habla en el pasaje referido, no es lo que acontecerá bajo el dominio del mismo. Si bien algunos griegos, entre ellos Theodoreto y Theophylact juntan los dos conceptos en uno (apostasía y Anticristo) y algunos autores nuevos entienden por "Discessio" una gran defección de fe que se llevará a cabo poco antes de aparecer el Hijo de la Perdición y provocada ya en parte por él mismo, la mayoría de los exégetas no están de acuerdo con esta interpretación. (Steil, Der Katholik I, 353). Antes de definir el carácter (y también la época) de esta primera apostasía, hay que ocuparse de la situación de la Iglesia en su desarrollo histórico, precedente a dicha defección. El Apóstol nos da a entender, con bastante claridad, que la Iglesia en aquel entonces debe hallarse en un estado de perfección, pues de otro modo no se entiende que en seguida sobrevenga una apostasía. Ahora bien, sólo podemos hablar de un estado de perfección, si durante el mismo se manifiesta de un modo especial la realeza de N. S. Jesucristo. Y esto sería completamente de acuerdo con la Apocalipsis (cap. XX, 1-6), según el cual, el Dragón estuvo atado y encerrado durante mil años en el abismo. Durante estos mil años no pudo hacer daño a la Iglesia, y Cristo reinó durante ellos con sus Santos. El principio de los mil años sería el derrumbe del Im-

perio Romano como representante del paganismo oficial, el fin sería el Renacimiento, desde el cual datan todos los males de Europa (y del mundo entero), como lo ha probado Mgr. Gaume en su gran obra sobre la Revolución. En efecto, con el Renacimiento revivió el paganismo, el enemigo declarado del Cristianismo.

Remontándonos del año 1435 (caída de Constantinopla) mil años atrás, llegamos a 435 en el cual murió Atila, el último representante de una Monarquía universal pagana. El milenario comprendido entre estos dos acontecimientos sería entonces la época del glorioso reinado de Cristo, del cual dice Daniel 7,27: "Y que el reino y la potestad y la grandeza del reino, que está debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo".

¿Cómo justificaría ahora hablar de un reinado de Cristo, de mil años, entre 435 y 1455? A esta pregunta podemos dar una doble contestación: una de fondo y otra basada en hechos:

Primer: El Estado, en cuanto se comprende bajo este concepto el gobierno y la constitución, es un poder, independiente del individuo y al mismo tiempo superior a él. Es una personalidad moral que representa todo un país y que de cada uno de sus habitantes puede exigir obediencia y sumisión. Los Gobiernos de todos los Estados representan al mundo entero y son sus amos y señores, más aún, son los representantes de Dios en la dirección de los destinos de los pueblos del orbe. Ahora bien, Dios, Señor Supremo del mundo, ha fundado una Religión que está destinada a recoger en su seno a todos los habitantes de la tierra y conducirlos a su último destino. Así como cada uno de los hombres debe vivir conforme a los principios de la verdadera Religión, es también la voluntad expresa de Dios, que sus re-



presentantes, a los cuales está dada la autoridad sobre los individuos, aprovechen tan sólo de esta autoridad en el espíritu de la verdadera religión. Así lo comprendieron desde un principio los príncipes cristianos. Para ellos era fuera de toda discusión, que no sólo en su vida privada, sino muy especialmente en su carácter de regentes, estaban obligados a portarse siempre como hijos sumisos de la Santa Iglesia. Verdaderamente sucedió así, en general, durante la Edad Media.

Ahora al segundo punto: La conducta de Atila, que retrocede ante la Majestad del Papa San León, volviendo con sus tropas a su tierra sin haber entrado en Roma, ya nos deja vislumbrar el carácter de aquellos tiempos, que consiste en la sumisión de la fuerza bruta bajo el poder espiritual de la Iglesia. ¡Cuán grande era entonces el prestigio de los Papas! Pensemos tan solo en San León que se halla en los umbrales de aquella época, en San Gregorio Magno, Zacarías, León III, Silvestre II, Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III, etc., cuan grande era el respeto que todo el mundo tenía al derecho canónico, qué poder representaba el Santo Imperio Romano de nacionalidad alemana!

De la mayor importancia para las relaciones entre la Iglesia y Estado era la costumbre de hacer coronar a los príncipes por los Papas o sus representantes. Cuántas naciones se sometieron en aquellos tiempos a la Iglesia! Las heregías de los Waldenses y Albigenses como también los ataques de los Mahometanos a los países cristianos, no alcanzaron a romper la unidad del Cristianismo, al contrario, contribuyeron a una mayor unión espiritual, como lo probaron muy bien las cruzadas. En tiempos, que no fueron como aquellos, difícilmente hubiera soportado la Cristianidad los desórdenes internos, el cautivero de Avignon y el Cisma del Occidente, sin resentirse hasta en sus más profundos cimientos".

Debemos por consiguiente buscar la

Apostasía en una época posterior al fin del reinado de mil años de Cristo y ella no puede consistir sino en el abandono del espíritu del Salvador, por parte de los gobiernos europeos, mal que pronto también se extendió hasta el nuevo mundo y que impide en forma increíble la evangelización de los pueblos paganos.

Bajo el dominio del Anticristo se llevará a cabo en todos los países del orbe un gran apostasía, esto es un hecho inamovible. ¿Cómo podría suceder tal cosa, si ya antes de su venida la mayoría de los hombres hubiera renegado de la fe? Y sin embargo afirma San Pablo con énfasis que habrá una defección mucho antes de la aparición del hijo de la perdición.

La explicación de la dificultad es la siguiente: en dos épocas distintas habrá dos apostasías perfectamente diferentes entre sí. La primera, antes de la llegada del Anticristo, se refiere al conjunto social, económico y político, apostasía que se está llevando a cabo a nuestra vista. Los Gobiernos y las constituciones de los Estados ya no están inspirados en las doctrinas de Cristo, antes bien las desconocen y se consideran independientes de su influencia y autoridad, si es que no se muestran francamente hostiles a la Santa Iglesia.

"El Estado Moderno", dice Steil "no es ni católico ni cismático, ni herético, ni pagano, pero tampoco es confesional. En el mejor de los casos puede tener un carácter ligeramente deísta, pero se muestra absolutamente indiferente frente a cualquiera religión positiva. Para él no existen convicciones religiosas, y por consiguiente tampoco las toma en cuenta en su legislación. Esto significa la apostasía más completa del Estado, la cual resulta de un alcance mucho mayor que la de un Estado herético. Lo mismo vale del Estado paritético. Este, por cierto, no se muestra absolutamente indiferente hacia la religión, a lo menos en cuanto a las confesiones a cuyos miembros concede iguales derechos ante la ley y a los cuales tam-



bién tiene que tomar en cuenta en su constitución. Pero, al reconocer los mismos derechos a varias confesiones, esencialmente distintas entre sí, el Estado como tal no puede pertenecer a ninguna, ni puede proceder consecuentemente en el espíritu de ninguna religión positiva. Por consiguiente equivale también esta situación a una apostasía.

Lo mismo se puede decir generalmente también de los Estados que de nombre aún son católicos (como por ej: Polonia), que sin embargo conceden completa libertad a todas las religiones, y que no se fijan tampoco en la religión de las personas que están destinados a regir el país. En nuestros tiempos ya nos hemos conformado en tal grado con el estado moderno, que muchos no comprenderán como en el presente caso se puede hablar de una apostasía lisa y llana. Es verdad, que en el estado liberal o paritético la Iglesia puede desenvolverse con más facilidad que bajo un gobierno herético o césaro-papista. Y si se cumplen con verdadera lealtad los principios liberales, especialmente si a esto se añade la libertad de la enseñanza, la situación de la Iglesia se torna tan favorable, que se comprende que haya quienes estiman tal relación entre los dos poderes como ideal. Sin embargo quien así piensa demuestra un criterio harto viciado en la materia.

Un ejemplo: una soberana ha sido destronada, ignominiosamente y por largo tiempo ha sido perseguida por sus enemigos políticos, pero finalmente se le permite a ella que en unión de los suyos pueda establecerse en cualquiera punto de su país, para vivir allí como simple particular. La soberana, en medio de su desgracia, vuelve a respirar aliviada, ya tendrá tranquilidad, ya nadie la molestará. Sin embargo, ¿caducan con esto sus derechos y la situación en que se encuentra en su vida retirada, es la que corresponde a la reina legítima del país? ¿No es su situación en realidad la más indigna, la más denigrante, aunque aparentemente la más ali-

viada? Lo mismo pasa con la Iglesia, esta verdadera esposa de Jesucristo, que vive ignorada de parte del estado liberal. Para éste no existe la esposa del rey inmortal de los siglos en quien el Creador del Universo ha depositado todo su poder. ¿No es esto la apostasía en todo el sentido de la palabra?

El estado liberal es realmente más pernicioso que el pagano. Desgraciadamente el estado aconfesional, aunque en sí un absurdo, ha llegado a ser en cierto sentido necesario. Tal necesidad, sin embargo, no justifica la apostasía, sino más bien hace aparecerla en toda su horrorosa realidad. **Nos vemos frente a la monstruosidad, que en el mundo no sólo se han perdido las relaciones normales entre la Iglesia y el Estado, sino que ya no se las soporta, que en consecuencia de la supremacía que los innumerables partidarios del error han conquistado, la unión íntima por Dios establecida entre la Iglesia y el Estado ha llegado a ser moralmente imposible. De modo que los Estados se ven obligados a renunciar al orden sobrenatural al cual fueron elevados por la redención; hasta ha llegado a ser necesario hacer caso omiso de toda religión positiva.**

Ahora bien, tomemos el caso que todos los Estados del mundo, infiltrados de Liberalismo, se hallen fuera de la Iglesia. El principio liberal se cumple lealmente, exista completa libertad de enseñanza, católicos y disidentes alternen en la mejor armonía, los gobiernos sostengan relaciones amistosas con el Papa y con los Obispos, a tal punto que el Vaticano sea erigido en árbitro de todos los litigios internacionales, y gracias a las sabias sentencias de este árbitro se llegue a una paz perpetua. Los gobiernos en reconocimiento de tan insigne beneficio restablezcan el poder temporal del Papa en toda su amplitud. ¡Qué cuadro tan impresionante! No sería aquello verdaderamente ideal? ¿A quien se le podría ocurrir pensar durante una época tan incomparable en la cercanía de Anticristo y del Juicio? Y sin embargo, no



sería todo esto sino el colmo de la apostasía y la señal más segura del fin que se acerca.

De lo dicho podemos sacar las consecuencias y formarnos un concepto sobre los tiempos en que vivimos debemos fijarnos sólo en el desarrollo que ha tomado el mundo durante los siglos transcurridos desde 1453. Son casi cinco siglos: un espacio verdaderamente enorme y cuantos cambios nos ha traído, si se lo compara con el milenario anterior a él! La Reforma Protestante, el renacimiento, el tiempo de Voltaire y sus secuaces, la Revolución Francesa, con todos los falsos principios por ella consagrados, todos los falsos sistemas filosóficos, y finalmente el modernismo nacido de la teología liberal y racionalista del Protestantismo. Según Apocalipsis 20-7, seducirá el demonio todas las naciones de la tierra. ¿No vemos cumplida ya esta profecía?

Nuestra época está más que madura en su desarrollo hostil hacia la Religión sobrenatural y en consecuencia puede afirmarse que el tiempo transcurrido desde 1453 tiempo relativamente largo, especialmente considerado en relación a la apostasía llevada a cabo en su transcurso, no se duplicará ya: lo que queda a la humanidad es un espacio mucho más corto que el que ha pasado desde el renacimiento hasta la fecha.

No olvidaremos tampoco los progresos hechos por la apostasía particular. No debemos dejarnos engañar por ciertos movimientos hacia el catolicismo que sin duda se puede observar especialmente en Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, etc.; no creo que estas señales puedan tomarse como una vuelta de las naciones nombradas hacia la fe: lo que vemos desarrollarse aquí delante de nuestros ojos es la separación de los espíritus. En un lado se juntan todos aquellos que se colocan decididamente del lado de Cristo, el otro bando lo forman la inmensidad de los incrédulos, escépticos, racionalistas, todos aquellos que en cualquier forma levantan

bandera en contra del Cordero Divino, y aquellos otros que en esta lucha final quieren aparecer como neutrales. Ya sabemos que entonces no habrá neutrales, pues el Señor ha dicho muy claramente: "Quien no está conmigo, está contra mí".

¿Cuántas fuerzas no arrastra en pos de sí el Liberalismo, el Socialismo, el Comunismo y el Nacionalismo exagerado? ¿Cuántos millones de hombres han caído víctimas de los sistemas filosóficos de Kant, Nietzsche, Rousseau, Voltaire, etc., y qué diremos de la turba que está infiltrada del modernismo con sus múltiples y variados errores?

¿Qué es la vida de hoy día (y ya de más de un siglo atrás) sino el Mamonismo más desenfadado, la hipocresía en las relaciones internacionales, políticas y sociales; no busca la mayoría tan solo su propio provecho, aunque tenga que violar todas las leyes divinas, ¿quién pregunta siquiera con Pilato: "Quid est veritas?". En muchas cabezas se confunden ya completamente los conceptos del Bien y del Mal. El Santuario del hogar y de la familia está profanado, así como los padres no se preocupan en practicar la ley natural, la divina y los mandamientos de la Iglesia, así tampoco los hijos acatan la autoridad de los padres, quieren ser independientes: lo segundo no es otra cosa que la consecuencia del primero.

No cabe duda: el terreno está tan bien preparado por la apostasía tanto colectiva como individual, que mañana mismo podría aparecer el Anticristo, para dar principio al funesto programa que le está reservado a desarrollar desde la aurora de los tiempos.

Puede ser que la actual crisis y todo lo que aún podría venir sobre la humanidad, provoque una saludable reacción, pero esta en ningún caso sería de larga duración. Sería preciso una vuelta decidida y absoluta a la doctrina antigua, al Cristianismo oficial y oficialmente defendido también a todo trance contra cualquiera manifestación del error. Lo que podemos



esperar en el mejor de los casos es un momento de tregua en la lucha, tregua que ambos bandos aprovecharían en prepararse para el combate final que sobrevendrá en seguida en cuanto aparezca el hijo de la perdición.

Contra males universales, universales remedios, los remedios que vienen al caso son: la oración y la penitencia. Si la humanidad, no los pone en práctica el Omnipotente tiene que recurrir al castigo. Hubo un tiempo en que por disposición

divina, casi toda la humanidad pereció a consecuencia del diluvio. Dios prometió en aquel entonces a Noé y su descendencia que ya no volvería a repetir este mismo castigo, pero en cambio, anunció por boca de sus profetas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y Jesucristo lo confirmó, que llegaría el día en que el fuego arrasaría con la tierra y con todos sus habitantes, destrucción que será seguida por el Juicio de los vivos y de los muertos. Y esto es en último término el porvenir que espera a la humanidad.

## Noticias Religiosas

**LONDRES.** — Otra antigua fundación monástica católica ha sido testigo del retorno del Santo Sacrificio después de un lapso de siglos. Esta vez le ha tocado a la Abadía de Deer, Buchan, Escocia, una abadía cisterciense fundada por San Columbano. No se había celebrado misa ahí desde hacía más de 300 años. Recientemente la misa fué celebrada por primera vez desde la Disolución en las ruinas de la Abadía de Rievaulx, la primera y en un tiempo la más grande fundación cisterciense en el norte de Inglaterra.

Su Eminencia el Cardenal Francis Bourne ha recomendado renovar los esfuerzos por obtener la libertad de los esclavos a través de todo el mundo. Su número como lo ha establecido recientemente Lady Simon es por lo menos de 4 millones, y posiblemente 6 millones. Escribiendo a la sociedad anti-esclavista y de protección a los aborígenes, en conexión con los preparativos que se están haciendo para celebrar el centenario de la decisión de Gran Bretaña para iniciar la abolición de la esclavitud a través del Imperio, el Cardenal Bourne dice que se siente

feliz de saber que los organizadores van a exhibir en primera línea el trabajo realizado por la Iglesia Católica en esta materia. Su Eminencia recuerda el trabajo del Cardenal Lavigerie en pro de la emancipación, y añade, estoy seguro de que Uds. pueden encontrar en el futuro la misma cooperación.

Doscientos sacerdotes, todos ex-estudiantes del Colegio de San Edmundo, presenciaron la consagración en la Catedral de Westminster, del muy Reverendo Monseñor Eduardo Myers como obispo titular de Lamus, y Auxiliar de Su Eminencia el Cardenal Francis Bourne, Arzobispo de Westminster. El obispo Myers, hasta su elevación al episcopado, había estado asociado al Colegio de San Edmundo durante su vida sacerdotal, sirviendo como Rector desde 1902. Hay actualmente siete obispos que trabajan en el área de Londres.

**OTTAWA.** — Los 4.098.546 católicos del Dominio del Canadá constituyen el 39,5 por ciento de la población total, y se les señala como el más grande incremento en el curso de los diez últimos años de cualquiera otra religión



en el país. El 60,5 por ciento restante está formado por adherentes de no menos de 26 cuerpos religiosos. Estas cifras han sido extraídas por la Oficina de Estadística del Dominio del Censo levantado el último año, el primero desde 1921. Lo más digno de nota en la información hecha por la Oficina, es que en los últimos diez años, los católicos han aumentado de 3,389.636 a 4,098.546 con la circunstancia de que este avance no ha estado confinado a una sección particular del Dominio, sino que se ha realizado de un modo igual en todo el territorio. La que más se acerca a los católicos es la Iglesia Unida formada por adherentes Metodistas, Congregacionistas, y muchos Presbiterianos que entraron a la Unión en 1925. Esta secta tiene un número total de miembros de 2,016.897. Los Anglicanos vienen en seguida con 1,635.321; los Presbiterianos ocupan el cuarto lugar con 870.482, los Baptistas el 5.º, con 443.229, y los Luteranos el 6.º con 394.052. De los 10,376.786 habitantes del Canadá, 155.606 son judíos.

En 1901 el número total de católicos en el Dominio era de 2,229.600. En 1911 este número había llegado a 2,833.041, mientras que en 1921 alcanzaba a 3,389.636. El porcentaje de aumento desde principios del siglo, es, por consiguiente de 84 por ciento.

**CIUDAD DEL CABO.** (Africa. — Más de 3 mil personas estaban presentes en el City Hall par honrar al Revdmo. Mons. F. C. Kolbe, a quien se ha llamado el "Newman de Sud Africa". Con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales, entusiastas homenajes fueron tributados a sus trabajos literarios y científicos por representantes de las diferentes denominaciones religiosas de Sud Africa. Fué leído un mensaje del

General Smuts en el cual lo describe como "uno de los más grandes hijos de Sud Africa". Discursos de congratuación fueron pronunciados por el Dr. Phelps, Arzobispo Anglicano de Ciudad del Cabo; el Revdo. A. P. Bender rabino-judío; el Senador F. S. Malan, Sir J. Carruthers Beattie, Rector de la Universidad, y por Sir Jamess Ross-Innes. Los Revdos. Meiring y Dreyer, de la Iglesia Holandesa reformada, a la cual el festejado había pertenecido en un tiempo, estaban también presentes en la recepción.

Monseñor J. J. O'Reilly, Vicario General del Vicariato Occidental, habló sobre el prestigio de que goza Mons. Kolbe a través de todo Sud Africa, "hay una hermosa, romántica historia en su vida, dijo, y a través de esta novela llegó un llamado para la que entonces era su novia". Narró en seguida de qué manera, siendo uno de los primeros estudiantes del Colegio de Sud Africa, Mons. Kolbe había sobresalido en las listas de todos los exámenes y había ganado sus títulos para ir a estudiar al otro lado de los mares. Abrazó la carrera del Derecho. Entonces no era un católico y se encaminaba a ocupar un cargo de pastor de la iglesia holandesa reformada, pero cuando su novia le comunicó que ella deseaba hacerse monja, esto lo hizo pensar. Terminó por ingresar a la Iglesia Católica y ordenarse sacerdote.

**PARIS.** — Un museo llamado "Museo Bernardita" ha sido abierto en Lourdes, en el dominio de la gruta, por iniciativa del Revdmo. Pierre Gerlier, Obispo de Tarbes-et-Lourdes. Muchos preciosos recuerdos de la mística se exhiben ahí para ser vistos por piadosos y por curiosos. Las reliquias han sido recolectadas en el sector que aun queda del viejo Lourdes, que fué



el hogar de Bernardita, cuadros fidedignos y exactos reproducen la pequeña ciudad en la época de las apariciones.

**AMSTERDAM.** — La primera Iglesia Católica en Wieringemeer, territorio que el pueblo de Holanda ha arrebatado al mar de Zuyder Zee, acaba de ser consagrado por el Revdo. J. D. Aengent, Obispo de Harlem. En el centro del territorio hay un lago salado que probablemente permanecerá ahí durante muchos años, pero miles de acres que durante largos años habían permanecido bajo el agua, se han convertido ahora en tierras de pastoreo. Nuevas aldeas han surgido, y la vida católica no se ha quedado atrás.

**BRUSELAS.** — En una conferencia celebrada aquí por el Ministro de Trabajo y de Industria, Heyman, y el Ministro de

Estado Thenuis, Su Eminencia el Cardenal José Van Roey anunció una campaña por parte de los católicos belgas en pro de la producción y exhibición de películas morales. Los católicos de Bélgica, dijo el Cardenal, han hecho un trabajo espléndido en su organización de la prensa, y están haciendo un laudable progreso en construir una estación católica de radio. En el campo del cinema, dijo, los resultados distan mucho de ser satisfactorios. La presente central de films católicos controla alrededor de 200 de los 800 locales, en que se exhiben películas en Bélgica, pero la mayor parte de estos 200 locales no están provistos de cinemas sonoros. Las buenas películas, dijo el Cardenal, deben ser producidas, y urgió a las sociedades de jóvenes para llevar adelante el movimiento en pro de la exhibición exclusiva de películas correctas.

## BIBLIOGRAFIA

**MARIAGE ET NATALITE**, Congrès de la Natalité, Bruxelles, 1931 Bruxelles, Editions de la Cité chrétienne et Paris, Peigues, 1932.

En Noviembre de 1931 tuvo lugar en Bruselas un Congreso de Natalidad, bajo los auspicios de la Sociedad médica belga "San Lucas".

"La gran sala del Palacio de Academias, apenas pudo contener la concurrencia, y de la mañana hasta la noche, durante toda la duración del congreso, todos siguieron con la mayor atención las elecciones desarrolladas por eminentes maestros..." (Introducción, pág. 7).

El objetivo del libro son justamente estas lecciones, y, al leerlas, se comprende el interés que habían suscitado.

Tratan de problemas tan graves como difíciles: problemas de natalidad, del porvenir de la raza belga, y en general de las razas occidentales, de la población humana; problemas de neo-maltusianismo, de eugenesia. Problemas médicos y morales con relación a la prepación y a las prácticas del matrimonio. Todas estas cuestiones fueron aborda-

das con claridad y franqueza, discutidas con informaciones amplias y precisas, con impresionante competencia, con espíritu decididamente cristiano y un profundo conocimiento de las enseñanzas y directivas de la Iglesia.

Lamentamos de veras que el corto espacio de que disponemos no nos permite ocupar nos en detalle de los dieciséis relatos de sociólogos, demógrafos, médicos, filósofos y teólogos que se sucedieron, encuadrados dentro del discurso de apertura y de las conclusiones presentadas por el distinguido profesor del Instituto Saint-Luis de Bruselas, Pbro., D. Santiago Leclercq. Diremos siquiera que constituyen un tratado demográfico, natalista y moral, al mismo tiempo científico y cristiano, notable ante todo por la coherencia y la precisión de los puntos de vista, por el estudio novedoso y detallado. (Señalamos especialmente lo que concierne al inquietante porvenir de las poblaciones occidentales, la crítica de los maltusianistas, al valor psicológico y moral de la maternidad, los deplorables efectos de las prác-



ticas anticoncepcionales y de aborto para los mismos individuos, el significado de la castidad dentro del matrimonio, etc. Hubiéramos querido ver una mayor severidad respecto a ciertas apreciaciones de la eugenesia y más reserva, si no respecto a la legitimidad, al menos respecto a los caracteres prácticos de la esterilización legal.

Libres de las trabas que trae consigo la neutralidad a que se ven obligados congresos análogos y que deben respetar las exigencias del gran público, en este caso los relatores pudieron hablar con toda libertad. Animados de una misma fe y partiendo de las mismas prácticas y métodos científicos y filosóficos, dieron a las conferencias un carácter de notable concordancia y unidad de doctrina.

Como único extranjero habló en la asamblea el eminente presidente general de la "Société française de Saint-Luc" Dr. C. Pasteau y su discurso sobre "El Problema de la Natalidad y los Médicos" fué uno de los más celebrados. Tenemos en la obra que comentamos una prueba manifiesta de la vitalidad y del valor singular de la ciencia católica belga que honra en alto grado a los promotores y directores del congreso: el Dr. Wibo, presidente de la Sociedad belga de San Lucas y de sus ayudantes el Dr. de Guchteneere el Pbro. Jaques Leclercq.

**PIERRE DELATRE.** *La Vie Catholique en Allemagne.* — *Etudes et Récits.* — París, Editions Spes 1932.

La nueva obra del Rev. P. Pierre Delatre, sobre Alemania elimina intencionalmente el problema político. Esta vez, el autor, profundo conocedor de los hombres y de las cosas de Alemania actual se dedica a describir únicamente el mundo religioso. Santuarios y peregrinaciones, en las que revive el recuerdo de los santos y santas de antaño; obras de caridad, sociales y de apostolado; curas, cultivadores de terrenos rebeldes y conquistadores de almas, he aquí cuadros que bien podrían caber en una nueva "Leyenda dorada". Obra de paz cristiana por la evocación de la labor y de la fecundidad de la verdadera Iglesia en tierra teutónica, en medio de una mayoría de protestantes y agnósticos.

**LEON DE PONCERES.** — *Les Forces secrètes de la revolution.* — París, Bossard.

M. de Ponceres no estudia la revolución de 89, pero las perturbaciones posteriores, consecuencias de aquella. Sin negar otras

influencias, opina que el masón y el judío son los más importantes. Para probarlo hace uso de abundantes y curiosas citas.

Un libro hecho para la práctica: el autor indica con claridad los medios para contrarrestar la revolución: oponer la religión al ateísmo legal, a la democracia la dignidad real, al socialismo la jerarquía social, a la internacional roja la internacional blanca.

Esbozarlo todo llevaría muy lejos. Formularemos sólo algunas distinciones necesarias. En el dominio de los hechos y de las ideas resaltan ciertos puntos en los cuales concuerdan muchos historiadores y sociólogos con el autor (necesidad de la religión, de la autoridad, de una élite, acción política de las logias y de los judíos). En otras partes (formas políticas, fuerzas secretas), se nota un espíritu partidario de simplificar los problemas y una familiaridad que exagera. Pero no se puede negar al autor valor en manifestar sus ideas y un noble anhelo de bien público.

**NICOLAS BERTIAEFF.** — *Le Christianisme et la lutte des Classes.* — Traduit du russe par I. P. et M. H. — París, Editions "Demain", 15 rue de Four, 1932.

Nicolás Bertiaeff ya es conocido, especialmente por su obra: *Le nouveau moyen âge*. La nueva obrita de la cual nos ocupamos, sigue la misma línea. Es interesante, pero es lástima que no sea más clara. Proviene esto de la poca cohesión de los diferentes capítulos entre sí. Por esto resulta el pensamiento en parte difícilmente penetrable y ciertas apreciaciones son productos del carácter eslavo y de la fe otorgado.

El autor, antiguo marxista, comienza por explicar el motivo de su cambio de ideas. Si la lucha de clases es un hecho lamentable, aunque innegable, sería equivocado buscar la causa en la oposición de intereses en el sistema económico o capitalista, como lo hace Marx. En efecto, los hombres se están combatiendo por muchos otros motivos: hereditarios, sentimentales, religiosos. Nadie tiene el derecho de querer sustituir la clase económica, en su carácter de unidad primordial y esencial, a sociedad de una complexión muy distinta. No hay derecho a reducir al hombre personal a un elemento colectivo de clase.

El cristianismo no puede aceptar tales modificaciones, mejor dicho mutilaciones. Se debe, a título sólo de una observación exacta, conocer realidades como: la aristocracia (la social y más aún la intelectual), la bur-



guesía, la democracia, todos conceptos que no caben dentro de las categorías del marxismo. Hay que saber, si bien los intereses de clases son a menudo la base de discusiones de partidos, hay también otras cuestiones que merecen ser estudiadas.

Será la tarea social del cristianismo, devolver a la personalidad humana sus derechos y su dignidad, al trabajo sus exigencias económicas y su valor moral, su lugar a la profesión y a la élite intelectual y espiritual su legítima consideración.

“El problema social, dice M. Badiaeff, no tiene solución si se lo considera separado del problema espiritual y del renacimiento cristiano. De otro modo el materialismo socialista resultará tan pesado y opresor que el mismo materialismo bajo su actual forma de capitalismo burgués”.

“La nueva sociedad, que tendrá que ser Obrera, deberá conservar un principio aristocrático. En ella no debe repudiarse toda jerarquía, como lo pretende la concepción mecánica del mundo; al contrario: la auténtica, jerarquía humana, la de la calidad del talento y de la vocación, debe subsistir”.

Hay en esta obra, sin duda, reflexiones felices y maneras de originales, como también, según ya dijimos, puntos de vista muy discutibles. Y repetimos que es una lástima, que no haya más claridad en este trabajo.

**HANS SAUERLAND.** — El libro de los héroes la Iglesia. — Dos milenios de Cristianismo vivo. Ed. Hermann Rauch, Wiesbaden 1932.

Desde el punto de vista moderno, investigador, crítico, nos pinta el autor sus héroes. No aparecen desde luego como tales: brotan y crecen, se desprenden del terruño, de la historia de su familia, de su pueblo y de su tiempo. Figuras de los principios de la Igle-

sia, de la lucha con el Cisma y la Herejía, de la contra-reforma, de las misiones, figuras también de los tiempos modernos. Un libro universal, apropiado tanto para el intelectual como para el pueblo creyente y la juventud.

**LAS PREDICCIONES ACERCA DE LOS PAPAS ATRIBUIDAS A SAN MALAQUIAS Y EL FIN DE LOS TIEMPOS,** Por O. H. L. — Santiago de Chile, 1932, Editorial Estudios.

Un comentario de las conocidas predicciones, comparadas con otras predicciones privadas de personas santas o muertas en olor de santidad y con algunos pasajes de la Santa Biblia. La obra está escrita con las reservas que requiere el caso y apropiada para demostrar que nuestro mundo no durará eternamente. — Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

**EL ALMA DE TODO APOSTOLADO,** Por Don J. B. Chautard, Abad de Siete-Fuentes. — Editorial Estudios, Santiago de Chile, 1933.

¿Quién no conoce, siquiera de nombre, esta excelente obra? Su objetivo es el cultivo de la vida interior en las almas que quieren dedicarse al apostolado. Parece escrito en especial para los tiempos actuales en que; el Santo Padre ha movilizó la Acción Católica, legión de apóstoles, destinadas a regenerar el mundo. Si la virtud no abunda en el alma del apóstol, este no la puede transmitir a los demás, al contrario, corre peligro de perecer él mismo. Obra especialmente recomendable al clero, a los miembros de la Acción Católica, Juventud Católica Femenina, Jóvenes católicos, etc.

